

Misión en Contexto

Transformación
Reconciliación
Empoderamiento

Una contribución de la FLM a la
comprensión y la práctica de la
misión

FEDERACIÓN LUTERANA MUNDIAL
– UNA COMUNIÓN DE IGLESIAS
DEPARTAMENTO DE MISIÓN Y DESARROLLO



MISIÓN EN CONTEXTO

Transformación, reconciliación, empoderamiento

Una contribución de la FLM a la comprensión y la práctica de la misión

Traducción :

David Brondos

Revisión :

Eva Fernández García

Martin Junge

Concepto :

Barbara Robra

Portada :

Barbara Robra

Diseño :

Stéphane Gallay

Publicado por :

Federación Luterana Mundial

Departamento de Misión y Desarrollo

150 Route de Ferney

Apartado Postal 2100

CH-1211 Ginebra 2

Suiza

© 2006 Federación Luterana Mundial

Impreso en Suiza

ISBN 3-905676-40-0

CONTENIDO

Prólogo

Reconocimiento

Introducción

1. Los contextos de la misión

1.1. Discernir e identificar los contextos de la misión

1.2. Voces que identifican los contextos

1.3. Las realidades globales cambiantes que afectan a los contextos globales y locales

1.3.1. Los complejos efectos de la globalización

1.3.2. Contextos tecnológicos

1.3.3. Contextos de la salud

1.3.4. La violencia en el mundo

1.3.5. Contextos religiosos, culturales y políticos

1.4. Contexto y teología

2. La teología de la misión

2.0. Introducción

2.1. La misión de Dios

2.1.1. La misión de Dios como Creador

2.1.2. La misión de Dios como Redentor

2.1.3. La misión de Dios como Santificador

2.2. La iglesia en misión

2.2.1. La misión forma parte de la esencia de la iglesia

- La misión y la iglesia una, santa y apostólica

- La misión y la catolicidad de la iglesia

- La misión y la iglesia como una comunión y una hermandad ecuménica

2.2.2. La misión es empoderada por la Palabra y guiada por el Espíritu

2.3. Las dimensiones teológicas de la misión

2.3.1. La misión como transformación, reconciliación y empoderamiento

- La transformación
- La reconciliación
- El empoderamiento

2.3.2. La misión como praxis integral y contextual

- Proclamación y servicio
- Justificación y justicia
- Salvación y sanación
- Misión y diálogo interreligioso

2.4. Teología, contexto y práctica

3. La práctica de la misión

3.1. La iglesia entera en misión

3.2. La iglesia misional en acción

3.2.1. Una comunidad de testimonio

- Una comunidad de celebración
- Una comunidad que nutre
- Una comunidad mensajera
- Una comunidad de servicio
- Una comunidad sanadora

3.2.2. Una comunidad *oikoumene*

- El compromiso ecuménico
- El compromiso de diálogo
- El compromiso económico
- El compromiso ecológico

3.3. Nuevos retos y oportunidades para la misión

3.3.1. La misión hasta “los confines de la tierra”

3.3.2. La misión y la tecnología de la información

3.3.3. Los recursos para la misión

3.3.4. Las peregrinaciones misionales

Conclusión

PRÓLOGO


En los tiempos actuales resulta absolutamente necesario que cada institución articule de la manera más clara posible el propósito de su existencia. Los rápidos cambios que generan alteraciones complejas en cada aspecto de nuestras sociedades imponen necesariamente esta constante autodefinition y redefinición.

La iglesia es el Cuerpo de Cristo, llamada a la existencia con el propósito de participar en la intención de Dios para el mundo (Juan 3:16). Este documento de la Federación Luterana Mundial, *“MISIÓN EN CONTEXTO: Transformación, reconciliación, empoderamiento. Una contribución de la FLM a la comprensión y la práctica de la misión”* contribuye al proceso ecuménico continuo de dar renovada expresión a lo que significa ser iglesia en nuestro contexto marcado por constantes cambios.

Se inspira en la experiencia de iglesias, practicantes de la misión, estudiantes, personas laicas y representantes de la iglesia en diversos sitios de la comunión luterana. Sin embargo, no pretende abarcar el tema de manera completa. Más bien invita a todos los lectores y lectoras y a las congregaciones a contextualizar este discurso desde su propia perspectiva.

Se lo recomiendo a ustedes, a todas las personas bautizadas en la iglesia y la sociedad.

Rev. Dr. Ishmael Noko
Secretario General
Federación Luterana Mundial



RECONOCIMIENTO

Basándose en una recomendación de la Consulta de la FLM sobre las Iglesias en Misión, celebrada en Nairobi, Kenya, en octubre de 1998, el Consejo de la FLM en su reunión en Bratislava, Eslovaquia, que tuvo lugar en junio de 1999, aprobó la revisión del Documento de la FLM sobre la misión, *Juntos en la misión de Dios: Una contribución de la FLM para la comprensión de la misión* (publicado en 1989). Un Equipo Ad Hoc fue establecido en 2000 para trabajar en la revisión, representando a iglesias miembro de la FLM de las siete regiones (la Iglesia Evangélica Etíope Mekane Yesus, la Iglesia Evangélica Luterana Unida en la India, la Iglesia Luterana en Singapur, la Iglesia Evangélica de Confesión Luterana en el Brasil, la Iglesia Evangélica Luterana en Hungría, la Iglesia Evangélica Luterana de Finlandia, la Iglesia Evangélica Luterana en Baviera, Alemania), departamentos/sociedades de misión (Misión Internacional y Diaconía/Iglesia de Suecia, División para Misión Global/Iglesia Evangélica Luterana en América, el Comité Nacional Alemán [AKZMD], la Misión Evangélica Luterana Finlandesa), y agencias de desarrollo conexas (Pan para el Mundo [Alemania], Socorro Mundial Luterano Canadiense). Cinco miembros del grupo asumieron la responsabilidad de elaborar el borrador en calidad de Grupo Central. El Equipo se reunió por primera vez en 2000 y posteriormente una vez al año hasta 2003 para discutir el trabajo del Grupo Central, que se reunía con mayor frecuencia. Las conclusiones de un “Encuentro de Misión”, celebrado en Berlín, Alemania, en marzo de 2001 con la presencia de teólogos/as, profesionales en la misión y compañeros/as ecuménicos/as que buscaban nuevas direcciones para el entendimiento y la práctica de la misión en el siglo XXI, inspiraron y animaron al Grupo Central.

El primer borrador (A) fue presentado al Comité de Programas de Misión y Desarrollo en su reunión de 2002 para su discusión y comentarios, después de lo cual fue compartido con iglesias miembro, instituciones teológicas, departamentos/sociedades de misión y diversas agencias relacionadas para solicitar aportes y comentarios adicionales. Se compartió un borrador más elaborado (B) con los participantes de consultas regionales anteriores a la Asamblea y con los participantes de la Décima Asamblea de la FLM. Se recibieron comentarios adicionales de iglesias e individuos particulares, que fueron incorporados en la medida de lo posible al tercer borrador (C).

El borrador C fue discutido por todos los Comités de Programas durante la reunión del Consejo de la FLM en Ginebra, en septiembre de 2004, y fue aprobado por el Consejo para ser recibido con la provisión de que las respuestas y las aportaciones adicionales recibidas de los Comités de Programas fueran incorporadas al documento siempre que fuera posible. Tres miembros del Comité de Programas de Misión y Desarrollo, nombrados para dar apoyo editorial, aprobaron el borrador final.

¡Ha sido un proceso largo y enriquecedor! Muchas iglesias, agencias y personas han participado en la elaboración de este documento: compartiendo sus visiones, planificando, redactando, comentando, formulando y reformulando, editando, preparando la publicación, el formato, la impresión, la distribución, etc. ¡La Comunión entera ha estado involucrada!

Quisiera aprovechar esta oportunidad para expresar mi más profundo agradecimiento a los miembros del Equipo Ad Hoc, al Grupo Central, y a los/as participantes en el “Encuentro de Misión” por su excelente trabajo, y a todas las iglesias, instituciones, agencias y personas que aportaron ideas y compartieron sus comentarios para fortalecer el documento. También quisiera expresar mi agradecimiento a los/as colegas de la FLM que dedicaron muchas horas y mucho esfuerzo a la formulación de este documento para presentarlo en su estado actual. Que todos/as hallemos gozo y paz al saber que Dios obrará de manera poderosa a través de este documento para la misión de Dios a toda la creación.

Rev. Dr. Péri Rasolondraibe
Director del Departamento de Misión y Desarrollo
Coordinador de la edición

Me produce una gran satisfacción presentarle la versión española del documento de la FLM “Misión en Contexto: Transformación, reconciliación, empoderamiento”. El proceso de traducción ha sido largo y, en ocasiones, muy difícil, pues algunas palabras y expresiones clave no podían ser traducidas sin perder parte de su significado original. Ha sido necesario, por tanto, realizar algunas modificaciones, con la intención de mantener siempre la claridad del mensaje. Gracias a esta traducción, un sector más amplio de nuestra comunión mundial tendrá acceso a este documento y, esperemos, más iglesias y lectores y lectoras serán inspirados/as y empoderados/as para la participación en la misión de Dios.

Rev. Dr. Kjell Nordstokke
Director del Departamento de Misión y Desarrollo desde abril de 2005

INTRODUCCIÓN



INTRODUCCIÓN



El documento de 1988 de la Federación Luterana Mundial (FLM) titulado *Juntos en la misión de Dios: Una contribución de la FLM para la comprensión de la misión* propuso una comprensión integral de la misión. También describió a la iglesia local como un testigo que lleva a cabo la misión de Dios en diferentes esferas: religiosa, ideológica, sociológica, política, económica, geográfica y demográfica. Más específicamente, el documento afirma:

“Proclamar el Evangelio, llamar al pueblo a creer en Jesucristo y llegar a ser miembros de la nueva comunidad en Cristo, participar en la tarea en favor de la paz y la justicia y en la lucha contra todo poder esclavizante y deshumanizador es parte integrante de la misión de la iglesia. Todas estas actividades apuntan a la realidad del Reino de Dios y hacia su realización final, cuando la historia llegue a su término”. (pp.7-8)

La comprensión y la convicción teológica de que la misión de la iglesia, derivada de su participación en la misión de Dios, es una misión integral fueron un tema desarrollado con profundidad en la Octava y la Novena Asamblea de la FLM en Curitiba (1990) y Hong Kong (1997), respectivamente. Esta comprensión también fue enfatizada fuertemente en la Décima Asamblea en Winnipeg (2003), tal como figura en su mensaje: *“Nuestra participación en la misión del Dios Trino abarca tres dimensiones relacionadas entre sí –diaconía, proclamación y diálogo– que son elementos esenciales de la misión de la iglesia”*. El presente documento pretende discutir y profundizar la comprensión y las prácticas de la misión integral de las iglesias miembro de la FLM; esto es,

la misión transformadora, reconciliadora y empoderadora.

La Consulta de la FLM sobre las Iglesias en Misión, efectuada en Nairobi en 1998, subrayó este concepto integral de entender y practicar la misión como parte de la identidad luterana. La Consulta también reiteró la afirmación del documento de misión de la FLM de 1988, cuando declaró:

La misión abarca proclamación, servicio y trabajo a favor de la justicia. La misión como proclamación es un intento de cada cristiano/a de comunicar e interpretar la historia del evangelio en su contexto como una manera de descubrir la acción salvadora de Dios y su presencia significativa en el mundo. La misión como servicio resalta la dimensión diaconal de una fe activa en amor, trabajando para el empoderamiento y la liberación de las personas que tienen necesidad. La misión como trabajo a favor de la justicia designa la praxis de la iglesia en la arena pública como una afirmación y reafirmación de la dignidad de la vida humana, tanto la de los individuos como la de la comunidad, así como un sentido más amplio de la justicia que engloba las esferas económica, social y ecológica. (Informe, p. 20)

La Consulta consideró la transformación como un imperativo misionero importante. Esta comprensión de la misión como transformación –tanto del individuo como de la sociedad– profundiza la dimensión empoderadora del servicio en tanto que diaconía. La misión como transformación desafía a la iglesia a pasar por una transformación propia para poder ser un instrumento de transformación en el mundo.

Además, la Consulta pidió una revisión del documento sobre la misión de 1988 para reflejar y abordar de mejor forma los retos y las oportunidades para la misión del siglo XXI. Por lo tanto, este nuevo documento se construye sobre la base del documento de 1988 de la FLM sobre la misión y ofrece un enfoque hermenéutico diferente a la misión, fortaleciendo así las bases teológicas para la comprensión y la práctica de la misión en este siglo.

El propósito de este documento es:

- ayudar a las iglesias luteranas alrededor del mundo a tomar una conciencia más profunda de la misión de Dios en el mundo y del papel de la iglesia, Cuerpo de Cristo, como parte de esa misión;
- servir de herramienta a las iglesias luteranas acompañándolas en su autoanálisis y en la reafirmación de su misión en sus respectivos contextos. Esto supone invitar a la iglesia en todos sus niveles (congregacional, nacional, regional) y a las agencias relacionadas a volver a evaluar su responsabilidad para la misión y a estimularlas en sus esfuerzos en la búsqueda de nuevas formas de comprender su participación presente y futura en la misión de Dios.

Este documento desea fortalecer y profundizar la comprensión que la iglesia tiene de sí misma como iglesia misional, para que pueda vivir esta comprensión plenamente. El término “misional” ha sido utilizado desde hace unos años para designar la misión como algo que pertenece a la *esencia* de la iglesia, mientras “misionero” se limita a describir la misión como la *acción* de la iglesia. Para una iglesia misional, participar en la misión de Dios está en el centro mismo de su naturaleza como iglesia.

La misión de la iglesia consiste en apuntar hacia la realidad escatológica de la irrupción del reinado de Dios a través de la vida, muerte y resurrección de Jesucristo, y de participar en esta nueva realidad, anticipando su realización final como base para la transformación, la reconciliación y el empoderamiento.

Un modelo bíblico para la misión

Existen una serie de historias bíblicas que ofrecen modelos a la iglesia para su comprensión y práctica de la misión. La visión de Ezequiel sugiere un modelo (Ezequiel 37), la proclamación de Jesús en Nazaret acerca de su misión sugiere otro (Lucas 4). Ningún modelo lo explica todo. Cada modelo ofrece retos y oportunidades. Para el presente documento, el encuentro en el camino a Emaús (Lucas 24:13-49) ha sido elegido como



© CAM Barbara Robra

el modelo que propone e ilustra un *enfoque de espiral hermenéutica* de la misión, un enfoque que refleja la interacción entre contextos, teología y práctica. También es considerado como el mejor modelo, en este momento, para comunicar el entendimiento de la misión como *acompañamiento*.

Con los ojos abiertos a la irrupción del reinado de Dios, los discípulos, transformados por el encuentro y celebrando la presencia reconciliadora de Cristo, salen hacia fuera, empoderados para compartir estas buenas nuevas con la comunidad que los nutre y con otras personas.

El encuentro en la misión comienza mientras Jesús camina con los discípulos por la senda de Emaús, compartiendo su dolor al escucharlos relatar su historia (versículo 18). Luego, Jesús interpreta las Escrituras y comparte con los discípulos una comprensión teológica del acto salvador de Dios en la historia y les revela en la fracción del pan la presencia del Resucitado entre ellos. Con los ojos abiertos a la irrupción del reinado de Dios, los discípulos, transformados por el encuentro y celebrando la presencia reconciliadora de Cristo, salen hacia fuera, empoderados para compartir estas buenas nuevas con la comunidad que los nutre y con otras personas.

Siguiendo el modelo del camino a Emaús, este documento comienza con una sección que busca identificar y analizar los contextos de la misión. La segunda sección tiene como tema la teología de la misión, mientras la tercera apunta a la práctica de la misión. La misión como transformación, reconciliación y empoderamiento sigue una espiral hermenéutica, antes que un enfoque directo, y se basa en la perspectiva dinámica de que la misión es contextual. Esto significa que las buenas nuevas sólo pueden ser comunicadas de forma efectiva a la gente en su propio contexto a través de un lenguaje y de acciones que forman parte integral de ese contexto. La espiral dinámica entra en acción cuando la comprensión de la iglesia de su contexto interactúa con su teología, que es intencionalmente encarnacional (es decir, que refleja el contexto y es configurada por él). Esta teología contextual, por su parte, promueve y alimenta formas de praxis que interactúan con el contexto y lo transforman. Así, la iglesia se ve desafiada a emprender continuamente el proceso de volver a examinar, a la luz de su teología y sus praxis, su contexto cambiante, profundizando la contextualización de su teología y enfocando de nuevo sus praxis. Como en el ejemplo del camino a Emaús, la iglesia lleva a cabo su misión acompañando a personas en la complejidad de sus contextos.

SECCIÓN 1

LOS CONTEXTOS DE LA MISIÓN

Aquel mismo día dos de ellos se dirigían a un pueblo llamado Emaús, a unos once kilómetros de Jerusalén. Iban conversando sobre todo lo que había acontecido. Sucedió que, mientras hablaban y discutían, Jesús mismo se acercó y comenzó a caminar con ellos; pero no lo reconocieron, pues sus ojos estaban velados. ¿Qué vienen discutiendo por el camino?, les preguntó. Se detuvieron, cabizbajos; y uno de ellos, llamado Cleofas, le dijo: ¿Eres tú el único peregrino en Jerusalén que no se ha enterado de todo lo que ha pasado recientemente? ¿Qué es lo que ha pasado?, les preguntó. Lo de Jesús de Nazaret. Era un profeta, poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo. Lucas 24:13-19



LOS CONTEXTOS DE LA MISIÓN

Así como la encarnación de Dios se dio dentro de un contexto específico (Lucas 2:1-2), así también la misión de Dios siempre se lleva a cabo en un contexto social, económico, político, religioso y cultural particular. Sin duda, los contextos presentes son diferentes de aquellos de Judea hace 2000 años, pero el reinado de Dios todavía irrumpe en un contexto específico en el mundo de hoy. Por lo tanto, el compromiso en la misión requiere el discernimiento en oración de los signos de los tiempos y una lectura fiel de los contextos. Para los efectos de una misión contextual e integral eficaz, la iglesia se ve desafiada a discernir y analizar los contextos locales y nacionales, teniendo presente el impacto que los factores globales y regionales ejercen sobre estos contextos locales. El presente documento intenta destacar algunos aspectos de los contextos globales y regionales, invitando a la vez a la iglesia local a seguir profundizando en el proceso dentro de sus propios contextos.

1.1. Discernir e identificar los contextos de la misión

Los contextos en los que vive la gente dan forma a su comprensión del mundo, del Evangelio y de sí misma, e influyen en ella. Por lo tanto, la iglesia no puede suponer que su visión del mundo, de los/as demás, de la tierra y de Dios sea universal. Identifica sus contextos para ayudarse a *estar* en el mundo, pero sin ser asimilada *por* el mundo (Juan 17), y para descubrir aquellas



cosas y personas dentro de sus contextos que Dios busca transformar, reconciliar y empoderar.

Identificar un contexto no consiste simplemente en enumerar factores que pertenecen al contexto. Significa nombrar, analizar, conocer y establecer categorías para transformar el contexto. Se trata de un proceso cooperativo de conversación y diálogo, de escuchar y de hablar, actuar y observar, dar y recibir. La interacción es una parte esencial del proceso de identificar y descubrir el contexto de la misión. En ocasiones, una voz que proviene de fuera ayuda a la iglesia a ver su propio contexto desde una nueva perspectiva. Específicamente, las voces marginadas y excluidas revelan contextos de maneras nuevas, precisando el enfoque de la iglesia en la misión.

Al analizar su contexto, la iglesia puede indagar, entre otras cosas, acerca de las situaciones que requieren transformación y/o sanación, situaciones de conflicto y reconciliación, y situaciones de control del poder –su abuso, mal uso o la ausencia de poder. Comprender los contextos requiere identificar las realidades y poderes que operan en el mundo; esto incluye identificar tanto los poderes del mal como el poder de Dios. El pecado, la destrucción y las relaciones comunitarias e individuales rotas, así como la degradación ecológica, revelan una forma de vida que no está de acuerdo con las intenciones de Dios. Sin embargo, los contextos reflejan también lugares y situaciones en donde Dios ya está trabajando para ver realizado su reinado prometido. Se trata de los lugares donde el pueblo de Dios es activo en respuesta a distintos llamados. Son también aquellas situaciones en las que se proclaman las buenas nuevas, se escuchan las voces de los/as oprimidos/as, se presta atención a las injusticias y se devuelve la salud a la creación y a todas las personas. Es posible que la iglesia cometa errores en su esfuerzo por identificar sus contextos. No obstante, sin comprender los contextos, la iglesia puede simplemente suponer que las cosas son como deberían ser.

1.2. Voces que identifican los contextos


Hay muchas voces importantes en el mundo que identifican los contextos, y a las que la iglesia necesita escu-

char de manera cuidadosa e intencional. Los gritos de los/as pobres, los/as oprimidos/as, los/as excluidos/as, y los/as olvidados/as y silenciados/as dan evidencia de la arrogancia destructiva de los/as poderosos/as y de la necesidad de la irrupción en el mundo del reinado de Dios en Cristo, en donde hay justicia e inclusividad en una comunidad que da vida. Los nuevos métodos correctivos de interpretación por parte de las teologías de mujeres, las voces creativas de los/as jóvenes y los testimonios de las personas que han experimentado la presencia empoderadora de Dios y que trabajan en su comunidad permiten a la iglesia discernir dónde se requiere transformación, reconciliación y empoderamiento dentro de su contexto.

Las Escrituras, al ser compartidas de manera contextual, nos proporcionan unos lentes distintos para ver el mundo y los valores e ideales que operan en él. Así como hizo Jesús al abrir las Escrituras con los discípulos en el camino a Emaús, las Escrituras ayudan a la iglesia a evaluar sus propios contextos desde un enfoque histórico más amplio y desde la perspectiva de las intenciones de Dios para el mundo. Asimismo, los documentos teológicos y confesionales, con temas como la justificación, la gracia, la Palabra y los Sacramentos, influyen en la manera en que la iglesia ve sus contextos desde una nueva perspectiva. La participación ecuménica y los resultados de los diálogos ecuménicos e interreligiosos también aportan un enfoque distinto y pueden ofrecer nuevos o más claros destellos de la irrupción del reinado de Dios en el mundo, así como nuevas posibilidades y retos para la misión que posiblemente se habían pasado por alto.

Los/as profetas en la sociedad, ubicados tanto dentro como fuera de la iglesia, describen la realidad de los diferentes contextos. Puede tratarse de científicos/as, sabios/as, mujeres comprometidas o voces que claman desde los desiertos de la vida humana. Pueden cuestionar los supuestos de la iglesia y desafiarla a

Comprender los contextos requiere identificar las realidades y poderes que operan en el mundo; esto incluye identificar tanto los poderes del mal como el poder de Dios.



revisar sus prioridades e ideales. La creación de Dios también alza su voz para identificar contextos. Da testimonio de la gloria de Dios (Salmo 19:1-4), quien se deleita nutriendo la vida física, emocional y espiritual de toda la creación. Pero la creación también denuncia con dolor la codicia humana y la violencia desenfrenada que ocasionan una devastación y desolación del medio ambiente sin precedentes.

Existen más voces todavía que la iglesia debe escuchar y otras herramientas analíticas que puede utilizar para identificar sus contextos, pero no es posible mencionarlas todas aquí. Este capítulo describe algunos caminos y herramientas básicas que permiten a la iglesia comenzar a descubrir e identificar el lugar en el que está llamada a participar en la misión de Dios y entrar así en la espiral hermenéutica.

1.3. Las realidades globales cambiantes que afectan a los contextos globales y locales

La misión de Dios y la misión de la iglesia que resulta de ella se llevan a cabo en contextos siempre cambiantes. Los contextos de la iglesia pueden variar de un lugar a otro y las formas de los contextos pueden cambiar. A pesar de estos cambios constantes y de las diferencias en los contextos, existen, sin embargo, ciertos temas globales que se imponen por sí mis-

mos cuando la iglesia considera los contextos de la misión a principios de un nuevo siglo. Sin embargo, los ejemplos ofrecidos aquí no constituyen de ninguna manera una lista exhaustiva de todos los factores que la iglesia necesita tomar en cuenta con respecto a su contexto. Al explorar su contexto, la iglesia verá cómo éste afecta su vida y su testimonio. Todavía podrá preguntarse qué otros factores son importantes en la definición de su contexto y de qué manera estos factores tienen implicaciones prácticas tanto positivas como negativas para el pueblo comprometido en la misión de Dios.

1.3.1. Los complejos efectos de la globalización

El cambio de siglo se vio marcado por significativos cambios históricos, entre ellos la caída de la Unión Soviética y el fin de la guerra fría, el aumento de la hegemonía de las superpotencias, el desmantelamiento del *apartheid* como una justificación oficial del racismo y la revolución de las tecnologías de la información que abrió paso a la globalización. Las diferentes regiones del mundo se han visto cada vez más vinculadas entre sí como consecuencia de los avances en los medios de transporte y las tecnologías de las comunicaciones. En general, la globalización ha tenido un impacto considerable sobre todos los aspectos de la vida social: la economía, la política, la cultura, las comunicaciones y el sentido individual de los valores y la moralidad. Por un lado, la globalización ha aportado ciertos beneficios para diferentes aspectos de la vida. Los avances en el transporte permiten que las personas viajen extensamente y con mayor flexibilidad y eficiencia y que conozcan pueblos de diferentes culturas en sus propios contextos. La tecnología de las comunicaciones como el Internet ha fomentado la democratización de la información, la cual ya no puede ser controlada ni manipulada tan fácilmente por el Estado. Los conocimientos científicos y técnicos, la mejor práctica en los diferentes campos de esfuerzos humanos y las expectativas y oportunidades se comparten más allá de las fronteras regionales y nacionales.

Hasta cierto punto, la globalización también ha contribuido a una mejor vigilancia pública de los gobiernos,



ha aumentado la capacidad de la gente para responder de manera rápida y flexible a las crisis, y ha facilitado la toma de conciencia acerca de los derechos humanos y el abuso de estos derechos en el mundo. Hablando en términos sociales, la globalización proporciona al individuo un sentimiento de familiaridad, dondequiera que se encuentre, y, hablando en términos ecológicos, aumenta su sensibilidad con respecto al carácter finito e interconectado del ecosistema.

Por otro lado, al promover el individualismo a costa de la comunidad, la globalización ha incrementado la brecha entre pueblos y naciones, ricos y empobrecidos. Los efectos adversos de la globalización económica neoliberal que privilegia la generación de ganancias, la competencia, la consolidación de los conglomerados económicos y la privatización de los medios de producción han hecho de la economía de muchos países una economía de mera supervivencia, particularmente en el Sur. Las economías locales están a la merced de las corporaciones transnacionales, que dictan el curso de la economía globalizada. Algunas corporaciones poseen más riqueza, y en consecuencia más poder, que la mayoría de los gobiernos del mundo. Además de la carga debilitante de la deuda, estas naciones empobrecidas sufren los efectos adversos de la mercantilización de la vida y del cuerpo

humano, de la occidentalización de la cultura y la feminización de la pobreza. A causa de la ampliación de la agricultura comercial y de las industrias agrícolas y de los severos cambios climáticos, muchos países del Sur ya no son capaces de preservar la seguridad alimentaria. Cada año, la situación económica de millones de familias y de países enteros empeora en relación con el año anterior. El número de jóvenes cultos/as que no encuentran trabajo se encuentra en constante aumento.

El consumismo, un elemento esencial de la economía neoliberal, representa un reto para la iglesia en misión. Como se requiere un alto nivel de consumo para estimular la economía basada en el mercado, la mentalidad de mercado, que asigna valores mercantiles a todo, incluyendo la moral y la religión, alimenta y promueve el consumismo. Una economía más propensa al gasto que al ahorro es perjudicial para la sostenibilidad de los recursos de la tierra para las futuras generaciones. Los anuncios publicitarios han promovido el consumismo incluso en lugares donde predomina la pobreza. La publicidad borra

En general, la globalización ha tenido un impacto considerable sobre todos los aspectos de la vida social: la economía, la política, la cultura, las comunicaciones y el sentido individual de los valores y la moralidad.

con frecuencia la distinción entre deseo y necesidad. Su énfasis en adquirir, en lugar de reciclar, ha tenido un efecto perjudicial en la sociedad y el medio ambiente.

La iglesia en misión tiene el desafío de enfrentar las injusticias económicas y de cuestionar cualquier perspectiva que defina o evalúe a las personas en base a su riqueza o su valor en el mercado (cf. el documento de trabajo de la FLM, *“Encaremos la Universalización Económica como Comunión Eclesial”*, mayo de 2001).

Mientras se impone la economía globalizada de consumo, la devastación del ecosistema se intensifica. Mientras se extiende la destrucción de las selvas tropicales y se incrementa el uso de pesticidas para maximizar ganancias, la superficie cultivable de la tierra disminuye debido a una creciente desertificación. El aumento de la actividad agrícola industrial ha generado desempleo, el cual a su vez provoca la migración del campo a las ciudades, poniendo así en evidencia el vínculo entre los problemas ecológicos y económicos. La expansión de ciertos aspectos predatorios de la civilización occidental a otras regiones del mundo, el rápido crecimiento de la población mundial y las tradiciones culturales dañinas han conducido a la extinción de muchas especies de animales y plantas que amenaza el delicado equilibrio de ecosistemas frágiles.

A menudo, los avances tecnológicos y las comodidades modernas se han obtenido a expensas de la tierra, el aire y el agua. La contaminación por químicos, las emisiones tóxicas y la radiación amenazan el bienestar de toda la creación. La creación de Dios ha sufrido enormemente a manos de seres humanos pecaminosos. Sin embargo, los avances tecnológicos han permitido, al mismo tiempo, que la humanidad descubra, identifique y elimine otras prácticas y sustancias dañinas. Por ejemplo, los avances farmacológicos y el descubrimiento del papel de la radiación en el diagnóstico de enfermedades han salvado un sinnúmero de vidas alrededor del mundo.

1.3.2. Contextos tecnológicos

La globalización ha conducido a un mayor uso de la tecnología y a un acceso a la información más amplio. La tecnología de la información tiene aspectos tanto positivos como negativos. Entre los positivos, puede señalarse que las personas están en condiciones de comunicarse entre sí de manera más libre e inmediata; también ha aumentado la capacidad de almacenar, ubicar, procesar y diseminar información. Además, es posible trascender las fronteras geográficas tradicionales de las religiones. La tecnología de la información permite incluso que la iglesia llegue a personas que se han retirado de comunidades religiosas institucionales.



© CAM Barbara Robbra

Entre los aspectos negativos, debe señalarse que el contacto “virtual” puede llegar a ser más importante que el contacto personal. Además, la tecnología de la información implica el riesgo de aumentar la brecha entre las personas que tienen acceso a esta tecnología y las que no lo tienen. Las personas ricas tienen mejor acceso a las innovaciones tecnológicas que la gente pobre, lo cual tiende a marcar cada vez más la diferencia entre las naciones y personas ricas y los/as pobres del mundo.

Existe un próspero mercado global de la ingeniería genética de la vida animal y vegetal. Los alimentos genéticamente modificados están generando nuevas dependencias, aunque las consecuencias psicológicas todavía son desconocidas. La patentación de genes de plantas autóctonas realizada por corporaciones globales de comercio agrícola aumenta y apoya el constante proceso de dependencia y privación de los derechos de propiedad de los países del Sur.

Si bien los movimientos de mujeres globalizados han abierto las puertas a muchas mujeres en cuanto a afirmar su derecho sobre su propio cuerpo, la globalización de la economía y los medios de diversión han incrementado la explotación de mujeres como madres de alquiler y ha reducido los cuerpos de las mujeres a objetos comerciales o a donantes de óvulos. La posibilidad de conocer el sexo de un/a niño/a antes de nacer ha llevado al incremento de los abortos de fetos femeninos en aquellas regiones donde se considera más deseable tener un hijo varón.

La capacidad para hacer algo no significa necesariamente que esto sea lo correcto. Los/as científicos/as ejercen un poder considerable en un mundo que idolatra la tecnología. Existe la tentación de abusar de este poder para fines militares y de otro tipo. Al comprometerse con la misión y percibir en Cristo los destellos de la irrupción del reinado de Dios en el mundo, la iglesia se enfrenta a dilemas éticos acerca del valor y el uso de las tecnologías. Debe tomar seriamente en consideración aquello que es apropiado y tener en mente la integridad cultural y la responsabilidad pública.

1.3.3. Contextos de la salud

Los avances en el conocimiento científico y tecnológico han contribuido a un progreso considerable en el combate contra diversas enfermedades y otras amenazas a la salud. Sin embargo, a pesar de los avances tecnológicos, el mundo sigue luchando con problemas relacionados con la salud. No obstante, la intensidad de la lucha difiere de un continente a otro. Aún en el siglo XXI, el vínculo entre enfermedad y pobreza es impresionante. En muchos países del Sur, y también en los cinturones de pobreza de los países ricos, los/as pobres son más propensos a sufrir problemas de salud que los/as ricos/as. La enfermedad debilita a las economías frágiles de los países del Sur.

El mundo de hoy está marcado por diferentes enfermedades físicas, mentales, psicológicas, emocionales, espirituales, relacionales y sociales; algunas de ellas son reconocidas, mientras otras se mantienen en secreto y son objeto de negación. Entre estas últimas hay enfermedades mortales, como el VIH/SIDA, la tuberculosis y la malaria, que devastan continentes enteros. El VIH/SIDA ha alcanzado proporciones pandémicas en muchos países del Sur. Factores económicos y culturales, entre otros, han afectado a la capacidad de algunos países de reaccionar de manera apropiada. Aunque constituye ante todo un problema de salud, también crea serios problemas sociales y económicos, entre ellos, un creciente número de huérfanos/as y la incapacidad de las familias afectadas por el SIDA de cubrir sus necesidades básicas. En algunos lugares, los/as niños/as y las mujeres se están volviendo cada vez más vulnerables y llevan la mayor parte de la carga. Los programas educativos de salud son importantes, así como la necesidad de romper el silencio sobre esta enfermedad y otros asuntos relacionados con la salud. A la iglesia le ha costado trabajo hablar sobre

La patentación de genes de plantas autóctonas realizada por corporaciones globales de comercio agrícola aumenta y apoya el constante proceso de dependencia y privación de los derechos de propiedad de los países del Sur.

este tema de manera pública, pero esta crisis constituye una oportunidad desafiante para la iglesia en misión.

En algunos casos, una enfermedad puede resultar en un impedimento permanente. Las condiciones de discapacidad, sin embargo, no son enfermedades. Independientemente del país, se estima en un 10% la población que sufre una de las cinco categorías generales de discapacidad: discapacidades físicas, ceguera, sordera, impedimentos intelectuales y enfermedades mentales. Estas personas enfrentan la discriminación cuando buscan empleo y en los lugares de trabajo. Los edificios públicos, los lugares de trabajo e inclusive las iglesias no siempre son accesibles a las personas con problemas para desplazarse. Las iglesias están redoblando sus esfuerzos para proveer los medios para una participación plena de personas con discapacidades en la vida y el trabajo de la iglesia (por ejemplo, a través de la comunicación con señas para gente que sufre sordera). Uno de los retos urgentes para la iglesia es trabajar con otros/as para educar a la sociedad con el fin de quitar



los obstáculos físicos para personas con discapacidades y poner fin a su estigmatización y exclusión.

1.3.4. La violencia en el mundo

La misión de Dios desde siempre se ha llevado a cabo en medio de un mundo violento. La crucifixión fue un acto de violencia contra Dios y, de forma indirecta, contra la humanidad y la creación entera. La misión de la iglesia comenzó en medio de un ambiente de persecución y violencia. La violencia en todas sus formas, abierta o encubierta, desde siempre ha sido utilizada para obtener poder sobre otras personas. Es una herramienta poderosa utilizada por quienes

ostentan o buscan el poder para controlar, suprimir o implementar cambios en beneficio propio. La violencia es un pecado.

La guerra y los conflictos: La violencia, los conflictos y las guerras se dan entre naciones o dentro de un mismo país como luchas de poder para mantener o aumentar el control sobre recursos limitados y para establecer una superioridad indiscutible. En las guerras convencionales del pasado, los ejércitos seguían reglas predeterminadas de combate. Más recientemente, los insurgentes, rebeldes y caudillos se han involucrado en conflictos armados. Se ha forzado a poblaciones civiles inocentes, incluyendo particularmente a niños/as y mujeres, a participar en estos conflictos, utilizándolos/as como instrumentos estratégicos, escudos humanos o blancos de ataque. El uso del terror como un medio de fuerza para someter al enemigo es una característica constante de los conflictos armados. Los actuales avances tecnológicos han llevado a que este tipo de violencia sea aún más letal, tanto física como psicológicamente.

La guerra ocasiona sufrimiento, enfermedad y pobreza indecibles a las personas más vulnerables, los/as ancianos/as, las mujeres, los/as niños/as y las generaciones futuras. Tiene efectos devastadores sobre las infraestructuras y el medio ambiente.

Igualmente destructiva resulta la violencia encubierta de las guerras geopolíticas y económicas de la cual son objeto las naciones empobrecidas. Así ocurre cuando la ayuda se otorga a condición de la adopción de ciertas políticas que benefician al donante a expensas del receptor. Entre los ejemplos de violencia encubierta se pueden mencionar las deudas ilegítimas de los países del Sur y la facilitación de la inversión transnacional que maximiza las ganancias en detrimento de aquellos países donde se hacen las inversiones. La pobreza misma es una forma de violencia, porque le roba a la gente su dignidad humana, su salud y su bienestar.

La violencia estructural y sistémica: La violencia se manifiesta cuando las estructuras sociales están fundamentadas y mantenidas por grupos privilegiados para

su propio beneficio y poder. Las estructuras patriarcales, por ejemplo, no reconocen los derechos ni la igualdad de la mujer. Los grupos migrantes son explotados y los/as inmigrantes reciben un trato injusto por motivos étnicos, raciales, sexuales o religiosos. La estratificación social es otra forma de violencia social. Los/as “intocables” o aquellas personas que provienen del estrato más bajo de la sociedad son, con frecuencia, excluidos/as injustamente. Las estructuras sociales o políticas violentas, tales como la dictadura, la oligarquía y el patriarcado, siempre han llevado a la violencia sistémica. Fomentan la supresión de los derechos civiles y humanos, la implementación de políticas injustas y la imposición unilateral de valores, ideologías y economías regionales. El género, la raza, la etnia, la religión, la orientación sexual y hasta el idioma han servido como base para excluir a personas o despojarlas de su voz. En casos extremos, esto puede llevar a la así llamada limpieza étnica o genocidio. A través de la historia, la violencia sistémica no ha quedado sin oposición. Los conflictos de contra-violencia, incluyendo el uso del terror en el ámbito nacional y regional, han provocado sufrimiento y destrucción prolongados.

La violencia contra las mujeres, los/as niños/as y las personas más débiles: La violencia también es la causa de terrible sufrimiento en los hogares. Frecuentemente se dirige contra las mujeres, los/as niños/as, los/as ancianos/as y los/as discapacitados/as. Estos



© CAM Barbara Robra

grupos pueden ser objeto de abuso físico, sexual y mental. Las mujeres maltratadas son aisladas de comunidades que las cuidan y apoyan, con el fin de ejercer un mayor control sobre ellas. La violencia también puede tomar la forma de injusticia en salarios y oportunidades entre hombres y mujeres, y de “techos de cristal” en el sector corporativo. El lenguaje excluyente reduce al silencio y al anonimato a la mitad de la población mundial (cf. el documento de la FLM *Las Iglesias dicen “No” a la Violencia contra la Mujer*, 2001). Los/as niños/as pueden estar desnutridos/as o puede negárseles la educación. También forma parte de la violencia el forzar a los/as niños/as a combatir en guerras, a la prostitución o al trabajo infantil.

La violencia contra los/as ancianos/as y las personas que envejecen se produce cuando las instituciones des-



© FLM

truyen su dignidad o les aplican sedantes muy fuertes, o cuando sus propios/as hijos/as y la sociedad abusan de ellos/as en lo económico, lo social, lo físico o lo intelectual. Muchas veces se rechaza o se suprime la sabiduría de los/as ancianos/as, olvidando su contribución al traspaso de valores y experiencias de vida a las nuevas generaciones. La iglesia en misión está llamada a oponerse a esta violencia promoviendo la experiencia comunitaria, en lugar del aislamiento de la comunidad.

La violencia en la religión y en la iglesia: El fanatismo religioso es un hecho triste de la historia humana. Genera una violencia que puede dirigirse tanto hacia

dentro de la iglesia o grupo religioso con el afán de purificarlo, como hacia fuera, contra personas de otras religiones o, inclusive, otras denominaciones. De alguna

manera, ésta es la peor forma de violencia, porque invoca el nombre de la religión y el nombre de Dios para su justificación. Esta violencia ha sido practicada de manera abierta por zelotes fanáticos de todas las religiones. De forma más encubierta, esta violencia se manifiesta en apreciaciones y comprensiones sobre otras religiones que parten de una mala información e influyen directamente en la manera de comprender la misión.

El género, la raza, la etnia, la religión, la orientación sexual y hasta el idioma han servido como base para excluir a personas o despojarlas de su voz.

La iglesia no siempre es víctima de la violencia, aunque esto ocurre con frecuencia. La iglesia también ha practicado la violencia contra sus propios miembros. Las iglesias coloniales ejercían poder sobre las iglesias misioneras en desarrollo, impidiendo frecuentemente que las iglesias más jóvenes formaran su propio liderazgo y sentido de misión. Con frecuencia, el abuso del poder y las disputas sobre propiedades por parte de las autoridades eclesiásticas han sido la causa de conflictos dentro de la iglesia. Las mujeres han sido sutil o manifiestamente excluidas del liderazgo y de posiciones de supervisión dentro de la iglesia. Sus voces, como las de la juventud, han sido silenciadas o ignoradas.

La violencia busca aislar y separar a las personas de sus comunidades y de las fuentes que las sostienen y les dan esperanza. Las trata de forma inhumana. La violencia es un pecado que pretende suprimir y negar todos los signos de esperanza y comunidad en Dios. La iglesia en misión está llamada a denunciar públicamente esta violencia y a caminar con las personas que buscan justicia y paz, para su empoderamiento.

1.3.5. Contextos religiosos, culturales y políticos

En muchas partes del mundo se observa un incremento en la espiritualidad, a pesar de la violencia y las calamidades que se sufren, o debido a ellas: las personas buscan nuevas formas de espiritualidad para

satisfacer su anhelo de pertenencia. A menudo, la iglesia institucional no parece ofrecer la satisfacción espiritual que estas personas buscan. En muchos países europeos, caracterizados por analistas como post-cristianos, posmodernos, altamente secularizados y guiados por el mercado, las iglesias han experimentado una fuerte pérdida de miembros debido a una falta general de interés por la vida y la misión de la iglesia. Lo que antes se conocía como la cristiandad ya no existe. En su lugar, nuevas formas de religión o religiones redescubiertas se sirven de la búsqueda espiritual de las personas. Algunas personas han dejado las religiones institucionales para cultivar sus raíces culturales redescubiertas, participar en prácticas espiritistas o abrazar la secularización.

Un nuevo reto para la iglesia en misión, especialmente en el Norte, lo constituye la consideración del contexto de pluralidad religiosa y cultural en el cual se encuentra inmersa. La migración a gran escala de personas que cruzan regiones y continentes en busca de oportunidades económicas, o que huyen de la opresión y la violencia, ha llevado a una diversidad cada vez mayor de religiones y culturas en las principales ciudades del mundo. Las culturas religiosas ya no se encuentran aisladas unas de otras. En tales situaciones multiculturales las personas sienten que se está cuestionando su forma de entenderse a sí misma o su identidad. Ellas buscan sus raíces, así como un sentido o propósito en la vida. Muchas personas se involucran en procesos constantes de auto-construcción o “proyectos de identidad”. Esto es evidente en la cultura juvenil y entre los/as migrantes, pero también es una característica de la vida de la mayoría de la gente. Los proyectos de identidad se dan tanto en el ámbito individual como colectivo, cuando las personas se esfuerzan en dar forma o reformar su identidad individual o colectiva, o inclusive en volver a escribir la historia. Esta perspectiva puede ayudar a explicar las causas del conflicto regional, y también puede arrojar luz sobre el aumento del fundamentalismo y del nacionalismo. Las iglesias en países receptores de inmigrantes o refugiados/as tienen el reto de involucrarse a través de una interacción diaria por medio del diálogo y la hospitalidad.

Una de las respuestas a la creciente pluralidad religiosa ha sido un fundamentalismo reaccionario, caracterizado por el fuerte deseo de los grupos de protegerse y proteger su respectiva identidad de influencias externas, o de recuperar una lealtad fervorosa a una creencia religiosa tradicional idealizada. La necesidad de recuperar o valorizar los fundamentos de la fe es importante y empodera a las personas, ya que las dinámicas inherentes a los fundamentos tienen una influencia transformadora en el individuo, la comunidad religiosa y la sociedad en general. Sin embargo, el fundamentalismo hace de tales fundamentos algo absoluto y los impone a todos los miembros de la comunidad. Asociado con el poder político y económico, el fundamentalismo reaccionario puede ser utilizado para justificar la oposición o la violencia contra otras personas.

El cambio cultural integral, que ha sido descrito como la transición de la sociedad moderna a la sociedad tardía o posmoderna, ha sido identificado como uno de los contextos de misión más desafiantes. Este cambio cultural está estrechamente asociado con la globalización y se considera que representa sus repercusiones sociales, culturales y religiosas. Se caracteriza por el cuestionamiento radical de los esquemas conceptuales recibidos y de lo que anteriormente se tenía por verdad y autoridad. No se puede dar nada por sentado en la ciencia, la religión o la búsqueda de estabilidad en los modelos



familiares o en las formas tradicionales de autoridad. En un mundo en el que la comunidad científica asigne al lenguaje y a la hermenéutica la prominencia, el sentimiento de inseguridad irá en aumento. Cuando se cuestiona la verdad teológica, se desafía la misión de la iglesia en el mundo. Debido a procesos globales de influencia, estos fenómenos no se limitan al Norte, donde se originaron, sino que ya se hacen sentir en diferentes partes del mundo.

Los/as cristianos/as viven y trabajan en diferentes contextos políticos. Existen diferencias de opinión acerca de si los gobiernos participan en la misión de Dios o se oponen a ella. La gente puede confundir el reinado de Dios con el poder político, particularmente cuando se emplea el término “Reino de Dios”. Un buen gobierno puede caer en la tentación de suponer que ha sido “bendecido por Dios” y que su sistema ha

El cambio cultural integral, que ha sido descrito como la transición de la sociedad moderna a la sociedad tardía o posmoderna, ha sido identificado como uno de los contextos de misión más desafiantes.

sido ordenado para todas las culturas. Sin embargo, cada sistema de gobierno impone sus perspectivas contextuales e ideológicas a la sociedad. La imposición de ideologías políticas puede silenciar las voces de

la gente, robarle su dignidad, fomentar la violencia sistémica o llevar a conflictos globales o a la guerra. Un mal gobierno puede impedir el acceso a recursos adecuados de educación, salud, seguridad u organización. No obstante, la misión de Dios se lleva a cabo en medio de la ambigüedad de estos contextos.

1.4. Contexto y teología

Algunas de las realidades de los contextos actuales que inciden en la misión y la teología de la iglesia ya han sido mencionados aquí. Los discípulos en el camino a Emaús vieron su contexto de manera diferente cuando Jesús les abrió las Escrituras y se les reveló como el Cristo resucitado al partir el pan. Esta iluminación fue necesaria para que dieran sentido a su con-

texto y lo vieran de una manera que les ayudara y los empoderara para la misión. La iglesia también necesita reflexionar críticamente sobre su teología y práctica de la misión a la luz de la Palabra de Dios hecha viva por el Espíritu Santo dentro de cada contexto.

El contexto y la teología se relacionan entre sí de una manera dialéctica y dialogal que se describe muy acertadamente como una *espiral hermenéutica*. La teología toma su origen en la audición de la Palabra de Dios en su contexto, para luego asumir un compromiso de fe. La “fe activa en el amor”, que nace cuando se escucha la Palabra creadora de Dios y ésta realiza su obra, se expresa en la *praxis*, es decir, en una actividad que busca encarnar el Evangelio en la vida y en el contexto de una comunidad. La teología cristiana es una reflexión fiel sobre la presencia y acción de Dios en el mundo y sobre la praxis de la iglesia y del individuo. Más específicamente, la teología de la misión reflexiona sobre la misión de Dios y sobre la respuesta de la iglesia al llamado amoroso de Cristo a seguirlo.

Al reflexionar sobre la praxis, la teología cristiana es necesariamente contextual, pues al tomar en consideración el contexto está influenciada y hasta condicionada por éste. Por lo tanto, la teología debe ser constantemente desafiada y transformada por la Palabra de Dios en las Escrituras. La teología que los discípulos en el camino a Emaús habían adquirido sobre Cristo fue desafiada y transformada por el Cristo resucitado. Una teología que es capaz de articular la misión de Dios debe ser transformada continuamente por la Palabra oída en contexto y en praxis.

Además, la teología agudiza el análisis y la identificación de los contextos, basándose para ello en la larga historia y riqueza de la tradición y las confesiones cristianas. Sirviendo fielmente a la iglesia misional en la tensión dialéctica entre la praxis contextual y la Palabra creadora de Dios, la teología proporciona a la iglesia la posibilidad de reflexionar con claridad sobre sus compromisos en el mundo, y fortalece la comprensión de la iglesia en cuanto a su razón de ser.

SECCIÓN 2

LA TEOLOGÍA DE LA MISIÓN

¡Qué torpes son ustedes –les dijo–, y qué tardos de corazón para creer todo lo que han dicho los profetas! ¿Acaso no tenía que sufrir el Cristo estas cosas antes de entrar en su gloria? Entonces, comenzando por Moisés y por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras. Lucas 24:25-27



LA TEOLOGÍA DE LA MISIÓN



© CAM Barbara Robra

2.0. Introducción

El tema del envío del pueblo de Dios al mundo para anunciar la irrupción del reinado amoroso de Dios en Cristo aparece en todo el Nuevo Testamento, aun cuando la palabra “misión” no se encuentra en las Escrituras. Desde el siglo XVI, las circunstancias históricas llevaron a la misión a ser relacionada con la conquista, el colonialismo, el imperialismo cultural y religioso, y la implantación del cristianismo occidental por todo el orbe. Hoy, la palabra “misión” tiene distintas connotaciones y existe confusión y hasta aversión hacia este término. Al realizar ahora un análisis de la fundamentación teológica de la misión empleando el enfoque de la espiral hermenéutica, esperamos obtener mayor claridad sobre las

diferentes concepciones de la misión, rescatándola de los abusos del pasado.

La Palabra de Dios en las Escrituras, que cobra vida en su contexto por la acción del Espíritu Santo, es el fundamento para la fe, la vida, la misión y la teología de la iglesia. Aunque las Escrituras no parecen ser uniformes, la tradición luterana sostiene la idea de que se interpretan y se explican a sí mismas, revelando lo que es esencial y lo que no lo es. Lo que es esencial de acuerdo con las Escrituras es la buena nueva de que Jesucristo es el Salvador y el fundamento de

Lo que es esencial de acuerdo con las Escrituras es la buena nueva de que Jesucristo es el Salvador y el fundamento de nuestra fe, así como la fuente de toda misión transformadora.

nuestra fe, así como la fuente de toda misión transformadora. La Palabra suscita la fe, por medio de la cual une a una persona con el Dios viviente, abriendo de esta manera una nueva realidad en Cristo, que está presente por la fe a través del Espíritu Santo. Es el mismo Espíritu Santo el que sostiene la fe, empoderándola para que sea fiel a la Palabra y libre para la misión (Juan 14:12; Romanos 6:22, 7:4).

La misión de la iglesia continuará hasta el cumplimiento del reinado de Dios. De acuerdo a los testimonios de las Escrituras, el reinado de Dios es escatológico, es decir, una realidad del final de los tiempos que ya viene, irrumpiendo aquí y ahora en la vida de las personas y sus diversos contextos. En Jesús el Cristo, la plenitud de Dios ha sido revelada (Colosenses 1:19, 2:9). Con esta revelación, los cielos nuevos y la tierra nueva (Apocalipsis 21) hacen su irrupción en el mundo actual. La creación presente *ya* participa en la nueva creación. Una señal decisiva del reinado de Dios es la victoria sobre la muerte en la cruz por medio de la resurrección de Cristo, que abrió un nuevo futuro para la humanidad con Dios.

Sin embargo, el mundo y los seres humanos, como parte de la antigua creación, todavía están bajo el signo de la cruz y aún no han sido completamente redimidos. El poder destructivo del pecado, aunque ya ha sido vencido en la cruz, todavía afecta al modo de vida de la humanidad en el mundo. El pe-

cado ha destruido la armonía en el mundo creado y ha traído alienación, culpa y vergüenza al mundo. Ha causado el distanciamiento del ser humano de Dios, de sí mismo, de su prójimo y de la naturaleza. Este “ya sí pero todavía no”, como lo describe el apóstol Pablo, es la tensión básica de la fe de los/as cristianos/as, de su discurso y su vida cotidiana, y es constitutivo de los contextos misioneros de la iglesia.

La perspectiva misiológica del reinado de Dios requiere más discusión entre las iglesias. Es necesario obtener mayor claridad sobre la diferencia que existe entre el reinado de Dios como presencia de Dios en el mundo desde la creación y la irrupción del reinado de Dios en Cristo. Asimismo, es necesario tener clara la diferencia entre el reinado de Dios, la irrupción del reinado de Dios en Cristo y el concepto tradicional del “Reino de Dios”, el cual implica la posibilidad de estar fuera de él por elección propia. La decisión de hablar del “reinado de Dios” en lugar del “Reino de Dios” no se basa simplemente en una preferencia por el lenguaje inclusivo¹. El reinado de Dios que irrumpe en Cristo afirma el reinado de Dios en la creación, por causa de la encarnación, pero es, al mismo tiempo, la confirmación de su consumación final, iniciada en la resurrección de Cristo. Además, el reinado escatológico de Dios en Cristo expresa de una manera dinámica la interacción de Dios con el mundo y su acción dentro de él. Comparativamente, el término “Reino de Dios” es muy estático y limitado en el espacio, y así podría ser fácilmente confundido con el concepto de cristiandad.

2.1. La misión de Dios

A través de las ambigüedades de la vida y las tribulaciones de un mundo violento, la iglesia ha aprendido a confiar en la revelación de las Escrituras, según la cual el Dios de Jesucristo es un Dios que está presente y actúa por amor en el mundo y para el mundo. Dios está en misión. En Jesús, Dios ha venido al “país lejano”: Dios vivió y murió al lado del hijo per-

Una señal decisiva del reinado de Dios es la victoria sobre la muerte en la cruz por medio de la resurrección de Cristo, que abrió un nuevo futuro para la humanidad con Dios.

¹ Nota del traductor: En inglés, el término “Reino de Dios” (Kingdom of God) implica un rey varón.

dido para traerlo a casa, con toda la dignidad de los hijos de Dios (Lucas 15:11-24). La misión del Dios de amor es una misión de misericordia y de gracia, y no de méritos y fuerza. La gracia de Dios, que supera las consecuencias del pecado –la alienación, la muerte y la depravación–, se extiende más allá del individuo alcanzando a todas las comunidades, a toda la creación. Toda la creación de Dios ha sido tocada por esta gracia, por lo tanto está esperando la transformación (Romanos 8:22-23).

Este Dios en misión, que crea y sostiene el universo y, a la vez, se hace vulnerable en manos de su propia creación, es un Dios Triuno. La Trinidad describe a este “Dios en misión” como un Dios que siempre existe para otros/as, esto es, para la humanidad, el mundo y la creación entera. La Trinidad es una comunión en misión, que empodera y acompaña a Aquél que es enviado, el Hijo amado, para llevar al mundo la transformación, la reconciliación y el empoderamiento. Para la misión continua de Dios, el Padre y el Espíritu envían al Hijo, el Padre y el Hijo respiran en el Espíritu, y el Hijo y el Espíritu revelan la gloria del Padre hasta los confines más remotos del universo. Esta acción de enviar al amado, y a la vez acompañarlo y empoderarlo, esta acción de extender la mano hacia

otros/as aceptando así la vulnerabilidad en el amor, es característica de la Trinidad. Es este amor el que une al Dios Triuno.

2.1.1. La misión de Dios como Creador

La visión bíblica de la misión de Dios en la creación afirma la existencia de una relación entre Dios y el mundo. Dios creó el mundo de la nada por su voluntad amorosa. Por eso, el mundo depende totalmente de Dios quien, como fuente de toda vida, sostiene, alimenta, transforma y renueva la vida en el mundo (Salmo 104). La creación forma parte del corazón y la sustancia del Evangelio, porque el amor y la bondad ilimitada de Dios se manifiestan en la creación.

Por amor, Dios también ha compartido su misión en la creación con todos los seres humanos, creados a

la misma imagen de Dios para ser sus colaboradores/as. Las mujeres y los hombres, como mayordomos de Dios, son responsables ante Dios del cuidado de la creación. Esta responsabilidad del “co-creador creado” está íntimamente ligada a la dignidad humana. Dios en su gracia también sostiene el mundo trabajando dentro de las instituciones humanas y las sociedades. El trabajo conjunto con todas las personas para la realización de los propósitos de Dios de paz y bienestar general constituye la vocación de aquellos y aquéllas que confiesan el nombre de Dios. Esto incluye el trabajo por la justicia, por la confianza entre los pueblos, por la liberación del hambre, por el uso responsable de los recursos de la tierra, y por el uso debido de la tecnología para el bienestar humano.

Aunque la humanidad y la creación entera sufren a causa de los poderes y consecuencias del pecado (Romanos 8), tal como lo atestigua dolorosamente el contexto, estos no tienen la última palabra. El mensaje y la realidad de la creación incluyen también la promesa de que Dios “hará nuevas todas las cosas” (Apocalipsis 21:5). El Dios trinitario, por lo tanto, llama a las personas a participar en la misión dentro de la creación, la cual aún en el presente, en medio de todo mal, anticipa la consumación venidera. La transformación y la justicia, el perdón y la reconciliación, la sanación y el empoderamiento son los signos del futuro de un mundo con Dios. Los/as cristia-

La Trinidad es una comunión en misión, que empodera y acompaña a Aquél que es enviado, el Hijo amado, para llevar al mundo la transformación, la reconciliación y el empoderamiento.

nos/as pueden, en sus propios contextos, reforzar estos signos alentadores de muchas maneras.

2.1.2. La misión de Dios como Redentor

La vida de Jesús, su obra, sufrimiento, muerte y resurrección revelan el amor incondicional de Dios por el mundo que Dios creó (Juan 3:16). La integralidad de la misión requiere que todos los aspectos cristológicos esenciales sean tomados en cuenta. La vida, la enseñanza y el ministerio de Jesús dan un ejemplo a los/as cristianos/as acerca de cómo se debe hacer la misión: el “manifiesto” personal de Jesús en la sinagoga de Nazaret (Lucas 4:16-20), el envío de los discípulos (Mateo 10), las enseñanzas y parábolas de Jesús, las sanaciones y la alimentación de los hambrientos, el estatus, la dignidad y la importancia que le dio a las mujeres y a su participación en su ministerio. Pero más importante todavía es que la misión de Dios como Redentor se revela *en el camino del Hijo*, esto es, el camino de la encarnación, el camino de la cruz y el camino de la resurrección.

La encarnación ofrece un modelo para la misión integral porque, a través de la encarnación, Dios entra en la totalidad de la existencia humana. El nacimiento de Jesús significa la realización de la promesa más central de la misión de Dios: el envío del Hijo al mundo para salvarlo. En Jesús, Dios se hizo humano en un lugar, un tiempo y una cultura particulares. Se sometió a las condiciones humanas. Se identificó con la gente, entrando en solidaridad con cualquiera que lo necesitara. En Jesús, Dios reveló la intención original de la creación y la verdadera humanidad. *El camino de la encarnación* es un camino de transformación y reconciliación.

El *camino de la cruz* es la forma poderosa de Dios de decir *no* al pecado y a la injusticia, y de optar por el amor y la justicia pese a la persecución y la crucifixión. Al identificarse con el sufrimiento de la gente y llevar sus pecados a la cruz, Jesucristo penetró en la más profunda oscuridad de la existencia humana y venció el poder de la muerte. La muerte de Cristo trae salvación, la cual abarca el mundo entero: “Dios estaba





© CAM Barbara Robbra

El camino de la encarnación es un camino de transformación y reconciliación. El camino de la cruz es un camino de reconciliación y empoderamiento. El camino de la resurrección es un camino de transformación y empoderamiento.

en Cristo reconciliando consigo al mundo” (2 Corintios 5:19). La cruz de Cristo también revela el camino de solidaridad de Dios con los/as excluidos/as y los/as oprimidos/as, además de ser una forma de protesta contra la injusticia y la opresión. En realidad, en lo más profundo de toda opresión y exclusión, tal como se experimenta en un determinado contexto, está el Dios crucificado.

Sin embargo, la crucifixión de Cristo no santifica el sufrimiento injusto ni ofrece un modelo acerca de cómo se debe soportar el sufrimiento. Más bien, es un testimonio de la voluntad de Dios de que nadie debe sufrir violencia. *El camino de la cruz* es un camino de reconciliación y empoderamiento.

La *resurrección* de Cristo es el hecho singular que ha transformado profundamente al mundo. La violencia y la muerte, y el terror que provoca su carácter definitivo, ya no poseen la última palabra. La resurrección abrió una nueva realidad de liberación y esperanza para la humanidad y toda la creación. Dios está reconciliado con la humanidad y la creación a través de la muerte y la resurrección de Cristo. Dios también permitió la reconciliación entre los seres humanos y entre la humanidad y la creación. Además, la resurrección de Cristo revela la verdadera naturaleza de las cosas. La creación misma adquiere una nueva dimensión. Cada cosa creada, cada momento y hecho está lleno del potencial de dar vida. Nada es definitivo. Hasta los aparentes “callejones sin salida” son transformados en oportunidades para la misión. *El camino de la resurrección* es un camino de transformación y empoderamiento.

2.1.3. La misión de Dios como Santificador

La misión de Dios continúa en el mundo a través del Espíritu Santo. El Espíritu de Dios empoderó a los/as profetas, descendió sobre Jesús desde el principio de su ministerio, habitó en los/as primeros/as discípulos/as y los/as empoderó, y envió y capacitó a la iglesia naciente para su testimonio. De la misma manera, el Espíritu Santo llama, envía y capacita a todo el pueblo de Dios en cada época, sin importar el género o la edad, para participar en la misión.

A través del Evangelio, el Espíritu Santo llama a la gente al arrepentimiento, a la fe y la vida nueva. El Espíritu es quien reúne en un cuerpo a una nueva familia, una diversidad de seres humanos, rompiendo las barreras de clase, raza, género y cultura. No son los/as mensajeros/as, sino el Espíritu Santo quien condena el pecado y la injusticia, despierta la fe y

renueva al pueblo de Dios para la misión, individual y colectivamente. En el poder del Espíritu Santo, la Palabra proclamada se extiende y busca transformar aún a aquellos y aquéllas que están lejos del reinado de Dios –las personas que se oponen al Evangelio, o lo ignoran o distorsionan.

Los frutos perennes de la misión son obra del Espíritu Santo. El Espíritu permite que los esfuerzos humanos imperfectos lleguen a ser instrumentos de la misión de Dios. El Espíritu Santo transforma las palabras humanas que proclaman las buenas nuevas, el agua del Bautismo y el pan y el vino de la Eucaristía en signos de la presencia de Cristo en la iglesia, empoderándola para la misión de Dios. El Espíritu Santo capacita a los/as cristianos/as y a la iglesia toda con una diversidad de dones (1 Corintios 12, Romanos 12, Efesios 4). Dotados/as de estos dones espirituales (*carismata*), se encuentran en condiciones de proclamar el Evangelio y compartir la vida descrita por el Evangelio con todos los pueblos en todos los lugares. Todos los dones del Espíritu –predicar, enseñar, sanar, profetizar, administrar, y otros dones dados a mujeres y hombres– tienen la intención de fortalecer a las comunidades del pueblo de Dios reunido, las congregaciones, para el crecimiento interior y la misión integral. El Espíritu hace que la iglesia, imperfecta como es, sea una anticipación de la era venidera prometida.

2.2. La iglesia en misión

La Trinidad, como “comunidad de envío divino”, ha creado un espacio para que la iglesia participe en la misión de Dios, para ser enviada, empoderada y acompañada por la gracia hasta “los confines de la tierra”. El hecho de que la iglesia, aun con toda su fragilidad humana, sea recibida dentro de la comunión misionera divina (1 Corintios 1:9), refleja la profundidad del amor de Dios y la dimensión de la vulnerabilidad de Dios. La iglesia en misión hace referencia a la asamblea local de creyentes empoderados por la Palabra de Dios y los Sacramentos y dirigidos por el Espíritu Santo para participar en la misión de Dios. Esta iglesia se extiende en el espacio para incluir distintos ni-

veles de hermandad y comunión, y distintas expresiones. También se extiende en el tiempo para incluir a las generaciones precedentes y futuras. La iglesia en misión es el Cuerpo de Cristo en el mundo.

La participación de la iglesia en la misión de Dios es, por lo tanto, un don de la gracia de Dios. Este don tiene su fundamento en el reinado de Dios en Cristo que irrumpe en el mundo y que brota de él. Creada por gracia para ser parte de la comunión divina, la iglesia no vive para sí misma sino para Dios y para el mundo. “Predestinada a ser conformada a la imagen del Hijo de Dios” (Romanos 8:29), la iglesia no sólo participa en el cumplimiento de la misión de Dios, sino es al mismo tiempo el signo de su presencia.

Por lo tanto, la misión de la iglesia es la del Evangelio, no la de la Ley, porque la gracia redentora de Dios ha liberado a la iglesia de una búsqueda compulsiva de éxitos y buenos resultados como fin en sí mismo. El éxito de la misión no puede ser medido principalmente con expectativas y razonamientos humanos. Al seguir la iglesia fielmente a su Señor, confiando en la presencia del Cristo resucitado en su vida y testimonio, su misión también refleja la vulnerabilidad del amor incondicional revelada en la cruz de Cristo. En la misión de Dios, la derrota humana frecuentemente se convierte en victoria, porque el poder de Cristo se perfecciona en la debilidad (2 Corintios 12:9).



2.2.1. La misión forma parte de la esencia de la iglesia

La razón de ser de la iglesia, tal como lo indica Jesús, es participar en la misión de Dios: “Como el Padre me envió a mí, así yo los envío a ustedes” (Juan 20:21). La iglesia es el pueblo propio de Dios creado para declarar los hechos maravillosos de Aquél que los llamó de la oscuridad a la luz maravillosa de Dios (1 Pedro 2:9). Por lo tanto, la misión forma parte de la esencia misma de la iglesia. Estar en misión no es algo opcional para la iglesia. La misión es constitutiva de su ser en tanto que es iglesia “una, santa, católica y apostólica” (Credo Niceno).

La misión y la iglesia una, santa, católica y apostólica

La iglesia como Cuerpo de Cristo es *una*, y participa en la misión del Dios Triuno, que también es una. Debido a la debilidad humana, la iglesia no ha realizado todavía la unidad que confiesa ser, pero ha intentado a través de los siglos aproximarse a esa unidad, buscando involucrarse en la misión en “unidad en la diversidad”. El pueblo cristiano siempre ha confesado que la falta de unidad de la iglesia es perjudicial para su testimonio del amor de Dios. La oración sacerdotal de Cristo para que “todos sean uno... para que el mundo pueda creer...” (Juan 17:21) también se ha convertido en oración de la iglesia en tanto que anhela el día en que llegue a ser un solo “Cuerpo de Cristo”. La unidad de la iglesia es uno de los propósitos de la misión.

Para las diferentes iglesias, participar juntas en la misión de Dios a través de iniciativas ecuménicas conjuntas constituye una manera de experimentar la unidad, fortaleciendo así su esfuerzo en diálogos ecuménicos.

La iglesia es *santa* porque es una comunión que Dios ama y santifica al apartarla para la misión. La santidad de la iglesia, por lo tanto, no consiste en su “alteridad” frente al mundo, sino más bien se expresa precisamente en el hecho de existir en el mundo, donde la iglesia participa en la misión de Dios a través de su existencia, presencia y actividad dentro de un mundo violento y herido. En la medida en que la iglesia apunta hacia la gracia y el amor del Dios santo en medio de un mundo que se destruye a sí mismo, hay un sentimiento profundo de anhelo y esperanza de santidad. La iglesia en su misión apunta hacia lo sagrado de la vida y de toda la creación de Dios. A través de su presencia da testimonio de la dignidad y la santidad de la creación sostenida por Dios, aun sin pronunciar palabras.

La iglesia en misión es *apostólica* por ser empoderada, enviada y acompañada en misión por la “comunidad divina de envío”, esto es, el Dios Triuno. La apostolicidad de la iglesia radica principalmente en el hecho de haber sido enviada al mundo con un mensaje de buenas nuevas (Mateo 28:18-20). De esta manera, apunta hacia el papel crucial del ministerio de la Palabra y los Sacramentos en el fortalecimiento de la iglesia para la misión.

La pregunta acerca de si la invitación a la gracia del bautismo forma parte integral de la apostolicidad de la iglesia ha sido ampliamente debatida en algunas regiones de la comunión luterana. Algunos líderes de la iglesia en Asia, por ejemplo, argumentan que es teológicamente aceptable sostener que creyentes no bautizados/as pertenecen a la iglesia una, santa, católica y apostólica en virtud de su fe. Por lo tanto, consideran que no es necesario exponerlos a las dificultades sociales, políticas y económicas asociadas al hecho de ser bautizados/as, una situación frecuente en su región. Sin embargo, las iglesias luteranas de otros contextos creen firmemente que “bautizar a la gente en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” es parte del mandato apostólico de la iglesia.

Además, la apostolicidad se refiere menos a la jerarquía y las autoridades eclesiásticas que a la fe apostólica activa en la misión a través de mujeres y hombres. La apostolicidad destaca la naturaleza fundamental de la iglesia como una iglesia enviada. La apostolicidad también significa que aquél que envía siempre está presente y activo a través de la misión encarnacional de la iglesia. El envío, sin embargo, no implica necesariamente ir a lugares o culturas lejanas, aunque el testimonio de una cultura a otra es una parte esencial de él. En el mundo globalizado de hoy, “los confines de la tierra” frecuentemente están a la puerta de nuestra casa.

La misión y la catolicidad de la iglesia

La catolicidad de la iglesia, vista desde la perspectiva de la misión, se refiere generalmente a la extensión geográfica de la fe cristiana a través del mundo y a la presencia de la iglesia en cada localidad entre incontables culturas y subculturas. La fe cristiana, al igual que la levadura, no sólo permea toda la masa, sino que también la transforma. No obstante, el énfasis recae con mayor fuerza sobre la universalidad cualitativa de la fe y su implantación encarnacional en cada cultura que sobre la expansión cuantitativa de la iglesia. Esta universalidad cualitativa abarca a creyentes de todos los tiempos: el pueblo de Dios de generaciones pasadas, de hoy y de los años venideros. La catolicidad de la iglesia también nos recuerda que finalmente toda la creación será unida y renovada en Cristo.

A pesar de su universalidad, la fe cristiana tiene lazos culturales. Por su misma naturaleza, la fe es encarnacional, firmemente comprometida con un tiempo, un lugar y una cultura determinados. Al involucrarse en la misión, las congregaciones locales deben buscar un equilibrio entre lo local y lo universal, porque lo universal y lo particular están ligados entre sí de manera inseparable. Sin la comunión universal de fe, ninguna iglesia local puede encontrar una genuina comprensión de sí misma en su contexto local. Pues, para la iglesia en misión, la catolicidad o la universalidad sin la contextualidad conduce al imperialismo, y la contextualidad sin la catolicidad conduce al provincialismo.



La misión y la iglesia como una comunión y una hermandad ecuménica

La realidad de la comunión de las iglesias tiene sus raíces en la comunión del Dios Triuno a través de Cristo (1 Corintios 1:9). La comunión, por lo tanto, no es una asociación o alianza estratégica para fines prácticos que pueda ser abandonada si resulta no ser beneficiosa. Más bien, la comunión es una realidad que refleja la identidad de la iglesia como aquella que participa en el ser mismo de Dios.

Por lo tanto, la misión forma parte de la esencia misma de la iglesia. Estar en misión no es algo opcional para la iglesia. La misión es constitutiva de su ser en tanto que es iglesia “una, santa, católica y apostólica”.



© CAM Barbara Robra

de la iglesia no tiene como fin su propia glorificación, las iglesias de una misma tradición en diferentes regiones y de diferentes tradiciones en una misma región pueden unir sus esfuerzos en una labor misionera conjunta. La comunión que preserva el espíritu de unidad se expresa en el compromiso humilde, el respeto mutuo, la tolerancia, la paciencia y el amor. La tendencia a competir por campos o terrenos de misión en diferentes partes del mundo, buscando expandir el perfil y el ámbito de influencia de la denominación u organización propia, debe ser reemplazada por la cooperación y la acción conjunta. La competencia y la idea de “conquista” como también el proselitismo (atraer a otros cristianos y cristianas a la propia denominación) ponen en peligro y obstaculizan la misión de Dios.

La participación en esfuerzos de misión conjuntos/ecuménicos en diferentes partes del mundo fortalece la comunión de las iglesias. El compañerismo en la misión expresado en un compromiso mutuo y en el compartir de recursos para la misión –sean estos espirituales, humanos, materiales o económicos– elimina cualquier sentimiento de superioridad, aislamiento, oportunismo y sospecha. Las iglesias que hacen misión en conjunto tienen la aptitud de mantener el espíritu de unidad, de mutualidad, de aprendizaje y del compartir mutuo, y de experimentar la bendición de una vida en comunión.

En un sentido eclesiológico, el término “comunión” expresa tres niveles de relaciones en la iglesia: primero, la unidad de la iglesia a través de todos los tiempos y espacios; segundo, la naturaleza de la vida comunitaria dentro de la iglesia local; y tercero, la relación entre las iglesias locales dentro de un contexto regional y local. La concepción de la iglesia como comunión tiene implicaciones directas para la comprensión y la práctica de la misión. El hecho de involucrarse en la misión como comunión aporta una diferencia cualitativa a la misión. Ya que la misión

La visión y la práctica de la comunión pueden ayudar en gran medida a la iglesia a enfrentar la fragmentación y la división que prevalecen en muchas comunidades y traer sanación a un mundo quebrantado por la codicia y la violencia. Como miembros unos de otros (Romanos 12:5), los miembros de la iglesia son llamados a “edificarse mutuamente” (1 Tesalonicenses 5:11) y a “amarse unos a otros con afecto mutuo” (Romanos 12:10). De esta manera, la iglesia como comunión puede invitar a diversas comunidades a compartir responsabilidades y promover una sociedad más justa.

2.2.2. La misión es empoderada por la Palabra y guiada por el Espíritu

La iglesia es la creación de la Palabra dinámica de Dios (*creatura verbi*). Es sostenida, inspirada y empoderada-

da para la misión por la Palabra. La Palabra de Dios sostiene la vida de fe en medio de las ambigüedades y tentaciones de los contextos siempre cambiantes de la iglesia. También capacita al pueblo de Dios para toda buena obra (2 Timoteo 3:16) y, de esta manera, le permite afrontar las necesidades de contextos específicos. La Palabra crea en la iglesia tanto la voluntad como la sabiduría necesaria para participar en el reinado de Dios que irrumpe en el mundo.

Los Sacramentos como “Palabra visible” también están relacionados de manera inseparable con la misión, sus metas y praxis. En el bautismo, la iglesia cristiana ha encontrado la promesa de una gracia incondicional, el perdón y una vida nueva en Cristo: una vida de discipulado. La gracia bautismal nutre esta vida de discipulado a lo largo de toda la vida de peregrinación del cristiano o cristiana, en la que pone en práctica la “fe activa en el amor”. En el bautismo, las personas creyentes son llamadas a la comunión con la Trinidad en misión y, por el mismo llamado, son enviadas al mundo con un mensaje de amor y acompañadas por el Espíritu Santo. El bautismo constituye una comisión para la misión, en la cual cada miembro de la iglesia tiene su propia vocación y tarea.

También es posible encontrar la espiritualidad misionera en la Eucaristía, en la que Cristo mismo está presente con la iglesia, en y con el pan y el vino, dando su cuerpo y su sangre para el perdón de los pecados, compartiendo su vida con el mundo. Como un “sacramento de la presencia” que apunta hacia la realidad del reinado de la gracia de Dios en el mundo, la Eucaristía provee las bases para la misión como transformación, reconciliación y empoderamiento. Constituye también un signo efectivo que genera unidad y que trasciende todas las fronteras humanas, sean éstas raciales, lingüísticas, nacionales, sociales o de género. La Eucaristía trae la realidad escatológica de Dios a la vida de la iglesia, empoderándola para la misión y dando al mundo una anticipación de la consumación venidera (1 Corintios 11:26).

La misión es conducida por el Espíritu: El Espíritu Santo despierta, inspira y guía a quienes siguen a Cristo a dar

testimonio de Él y del amor incondicional de Dios. El Espíritu reaviva y renueva continuamente a la iglesia para su misión. La renovación espiritual es un don de la visitación del Espíritu Santo. La renovación de la iglesia puede tomar la forma de una adoración creativa o de una renovación litúrgica, estructural, misiológica y carismática; todo ello es obra del Espíritu Santo, que utiliza diferentes dones para diferentes propósitos. Aunque la renovación puede ser imitada, su autenticidad es comprobada por sus frutos en la misión integral.

Conducida por el Espíritu y dotada de diversos dones, toda la iglesia es carismática. “Carismático” no significa necesariamente pentecostal: los dos términos no son intercambiables. Una iglesia carismática utiliza todos los dones del Espíritu para la misión: la proclamación del Evangelio, la liberación de poderes malignos, la oración por la sanación, la edificación de comunidad, el servicio y la defensa de causas. La renovación carismática subraya el hecho de que la fe cristiana comprende al ser humano en su totalidad: sus emociones, su razón, su voluntad y sus pasiones. Esto explica el rápido crecimiento y expansión de las iglesias en las que se manifiestan los movimientos carismáticos. La misión se fragua en la experiencia. Por lo tanto, es necesario hallar maneras de “entablar el diálogo con las iglesias pentecostales

Como un “sacramento de la presencia” que apunta hacia la realidad del reinado de la gracia de Dios en el mundo, la Eucaristía provee las bases para la misión como transformación, reconciliación y empoderamiento.

y [...] los movimientos carismáticos en nuestras propias iglesias”, como exhortó la Décima Asamblea de la FLM. Tal diálogo permitiría a la iglesia estudiar y analizar los fenómenos carismáticos y aprender de ellos, con sus consecuencias positivas y negativas. Un aprendizaje así sería beneficioso para la iglesia a fin de servir más fielmente en la misión de Dios.

2.3. Las dimensiones teológicas de la misión

Empoderada por la Palabra y guiada por el Espíritu en el camino de Cristo, la iglesia participa en la misión de Dios abordando los contextos desafiantes del siglo XXI con fidelidad y determinación. Al enfrentar en oración los retos de su contexto,

y siguiendo la espiral hermenéutica, la iglesia necesita profundizar continuamente en su reflexión teológica sobre los diferentes aspectos y dimensiones de la misión. Una reflexión teológica continua sobre la praxis de la misión y sobre los grandes temas misionológicos ayuda a la iglesia a llevar a cabo su misión contextual.

2.3.1. La misión como transformación, reconciliación y empoderamiento

El presente documento se centra en tres dimensiones de la misión:

transformación, reconciliación y empoderamiento.

Estas dimensiones de la misión están reflejadas en la misión de Dios como creador, redentor y santificador, y enriquecidas en la comprensión misiológica del camino de Cristo visto de tres maneras: *el camino de la encarnación, el camino de la cruz y el camino de la resurrección*. Estas dimensiones de la misión están presentes en todos los esfuerzos misioneros (por ejemplo, la proclamación, el servicio, la defensa de causas, el diálogo interreligioso y el cuidado de la creación) y establecen los criterios en torno a los cuales la iglesia evalúa su fidelidad en la misión ante Cristo, que la ha enviado al mundo.

La transformación

Para las Escrituras, la transformación es un proceso continuo de reorientación total de la vida, con todas sus aspiraciones, ideologías, estructuras y valores. La transformación es un proceso permanente de rechazo de todo aquello que deshumaniza y profana la vida, y de adhesión a lo que afirma su santidad y los dones en cada persona, y a lo que promueve la paz y la justicia en la sociedad. Esto proviene del conocimiento de la voluntad amorosa de Dios, quien llama, justifica y empodera a las personas a través del Espíritu Santo, para ser conformadas a la imagen del Hijo de Dios, ofreciéndose a sí mismas como instrumentos de justicia (Romanos 12:2, 6:13, 8:29; 1 Pedro 1:14; Efesios 4:15-5:10; 2 Corintios 3:18; Colosenses 1:10-14; Tito 3:5).

Diferentes sectores de la sociedad han trabajado con mucha energía por el cambio y el progreso, basándose en la insaciable necesidad humana de superación y provecho. Este proceso de cambio, a pesar de ser loable y a veces útil, no debe ser confundido con la transformación, la cual, desde la perspectiva de la misión de la iglesia, es principalmente la obra de Dios en medio de la creación. La transformación, percibida a la luz de la resurrección de Cristo, es el despliegue del potencial de dar vida de toda la creación y una expresión de la actividad de la gracia de Dios en la naturaleza. Es el Espíritu Santo quien, por medio de su acción continua, efectúa la transformación en la iglesia y a

La transformación es un proceso permanente de rechazo de todo aquello que deshumaniza y profana la vida, y de adhesión a lo que afirma su santidad y los dones en cada persona, y a lo que promueve la paz y la justicia en la sociedad.

través de ella para el mundo entero. Viviendo en la anticipación del “ya sí pero todavía no” de la redención de Dios, la iglesia debe protegerse de una visión triunfalista de la transformación y aceptarla más bien en fe con sus ambigüedades e incertidumbres.

La misión de la iglesia como transformación abarca a individuos, estructuras y relaciones dentro de las sociedades. Para el individuo, por ejemplo, el apóstol Pablo enfatiza que la transformación se basa fundamentalmente en la gracia salvadora de Dios, uniendo a la persona creyente con la muerte, sepultura y resurrección de Cristo para que, como el Cristo resucitado, “*ande en vida nueva*” (Romanos 6:4-14). Justificado/a por gracia, el/la pecador/a creyente, confiando firmemente en la promesa de Dios de que su vida está escondida con Cristo en Dios (Colosenses 3:3), responde con gratitud a la dirección del Espíritu para seguir el camino de Cristo. La transformación como don de la justificación empodera a las personas a denunciar la maldad y “*entregar sus miembros a Dios como instrumentos de justicia*” (Romanos 6:13) y permanecer firmes en el camino de la cruz, aunque les cueste la vida, para contribuir a la sanación de otros y otras (Corintios 4:7-12). Tal transformación explica lo que dice Pablo: “*Por tanto, todos nosotros, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en su misma imagen; esto procede del Señor, que es el Espíritu*” (2 Corintios 3:18).

El Espíritu Santo también conduce y empodera a la iglesia para una misión de transformación, que abarca las estructuras y las relaciones en la sociedad. Siguiendo a Cristo en el camino de la encarnación, la iglesia penetra profundamente en diversos contextos, identificándose plenamente con las vicisitudes de las víctimas de la injusticia, la explotación y la exclusión. Con Cristo en medio de ella, la iglesia asume una posición de solidaridad con las personas que han sido empobrecidas y deshumanizadas por la globalización económica neoliberal. Así, se convierte en la iglesia de los y las pobres. Al renunciar a las prácticas y estructuras injustas y violentas en las esferas públicas y domésticas y denunciarlas como pecaminosas y

destructivas para la vida en la sociedad, la iglesia se une a Cristo en el camino de la cruz. La misión como proclamación, servicio o diaconía, y defensa de causas debe ser llevada a cabo bajo el signo de la cruz, para fortalecer la solidaridad y la esperanza. Al seguir a Cristo en el camino de la resurrección, la iglesia, dando testimonio del Evangelio por medio de la palabra, la presencia y los hechos, no permite



© CAM Barbara Robbra

que la opresión política y social y la exclusión económica tengan la última palabra. A través de su misión como diaconía, la cual no es un mero signo de la fe, sino un esfuerzo intencional de establecer una comunidad sostenible para todas las personas, la iglesia es guiada por el Espíritu para “abrir caminos donde no los hay”.

Al seguir el camino de Cristo en medio de un mundo fragmentado y violento, la misma iglesia sufre una transformación profunda y, a veces, dolorosa. Vista desde el camino de Cristo, la transformación no siempre se experimenta como un evento glorioso o gozoso. La liberación, como también la reconciliación, por ejemplo, pueden requerir la experiencia dolorosa de renunciar al poder y a los privilegios. Como la transformación implica necesariamente “nadar en contra de la corriente”, puede implicar sacrificios, persecución o, incluso, el martirio.

La reconciliación

Las Escrituras afirman claramente que una de las metas de la misión de Dios es la reconciliación: “*Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo... y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación*” (2 Corintios 5:19). La iglesia en misión participa en la misión reconciliadora de Dios como embajadora de Dios, exhortando a la gente en el nombre de Cristo a ser reconciliada con Dios. Éste es un aspecto fundamental de la reconciliación: la restauración de

la relación entre Dios y la humanidad. A través de la proclamación y el testimonio expresado en la vida cristiana y la diaconía, los individuos son llevados al arrepentimiento y la fe, y se regocijan con ser aceptados en la comunión divina de los/as “enviados/as”. La gracia de esta inmerecida e inesperada reconciliación hace posible extender la reconciliación a todas las demás relaciones humanas: dentro de la familia, con otros grupos, en la sociedad y entre las naciones. En su función de embajadora de la reconciliación, de pacificadora, la iglesia tiene la tarea misionera de la mediación, de la restauración de una coexistencia pacífica y de la construcción y el sustento de relaciones. Para asumir esta responsabilidad para con la tarea de la reconciliación, la iglesia se inspira en el triple camino de Cristo. Al seguir el camino de la cruz, la iglesia asume el dolor del sufrimiento de las víctimas y la arrogancia de los perpetradores para dejar espacio a la paz y la reconciliación. Convencer a personas perpetradoras de asumir sus hechos malvados y de comprometerse a restaurar la justicia es una tarea muy difícil. No obstante, el poder reconciliador de Dios se perfecciona a través de la vulnerabilidad o la locura de la misión de la iglesia.

La misión reconciliadora de la iglesia se extiende también a la esfera internacional. En el siglo XXI, muchos países todavía están viviendo con el legado de injusticias y opresión de siglos anteriores. Países que antes sufrían bajo el colonialismo, sufren ahora bajo una economía neoliberal que produce pobreza y es promovida por la globalización económica. Tales estructuras y sistemas, que causan muertes, no deberían tener la última palabra en un mundo donde Dios ha acabado con el carácter definitivo de la muerte. La misión de la iglesia en el camino de la resurrección consiste en posibilitar la liberación y la reconciliación tanto para las personas oprimidas como para las opresoras. La liberación y la reconciliación necesitan ir de la mano. Una liberación que no considere una eventual reconciliación es contraproducente; una reconciliación sin liberación es irreal e ideológica. La reconciliación y la liberación requieren la implementación de la justicia retributiva a niveles nacionales e internacionales para permitir que las víctimas de la



© CAM Barbara Robra

opresión y la injusticia recuperen su dignidad humana. Por medio de esta reconciliación liberadora y esta liberación reconciliadora, la iglesia inicia un proceso de transformación, anticipando la reconciliación final de todas las cosas en el reinado escatológico de Dios.

El empoderamiento

Cuando se habla de empoderamiento en la misión, se refleja la palabra de Jesús: *“Ustedes recibirán poder cuando haya venido sobre ustedes el Espíritu Santo, y serán mis testigos... hasta los confines de la tierra”* (Hechos 1:8). Aquí, el empoderamiento se refiere principalmente a la acción de Dios de compartir el poder (*dynamis*) con la gente para que participe en la misión de Dios. Dios empodera a cristianos y cristianas como individuos y a la iglesia entera a través de la dirección del Espíritu Santo, dando los dones espirituales necesarios para llevar a cabo la misión integral de la iglesia. El empoderamiento realiza en las personas la promesa de Jesús de que cualquiera que crea en él hará la obra que él hace, y aún cosas mayores. En un mundo donde abunda el odio, la iglesia recibe poder para dar testimonio del amor incondicional de Dios en Jesucristo. En un mundo donde todo parece ser evaluado por su valor de mercado, la iglesia recibe poder para hablar de la justificación por gracia y para profetizar la esperanza en medio de un sufrimiento violento y una desesperación indescriptible.

El Espíritu Santo empodera a la iglesia a resistir el ejercicio inapropiado del poder como “poder sobre” otros y otras, para seguir el camino de Cristo, donde el poder se comparte entre todos y todas. En la iglesia,

cada creyente bautizado/a es dotado/a de un don especial para la misión, para la edificación y el fortalecimiento mutuos. Sean hombres o mujeres, laicos/as o clérigos/as, jóvenes o ancianos/as, todos sus dones deben ser desarrollados, valorados y aprovechados. La iglesia no representa la línea divisoria entre quienes no tienen poder y quienes lo poseen para empoderar a otros y otras. Más bien, al seguir el camino de Cristo, la iglesia se beneficia del empoderamiento mutuo de sus miembros, un empoderamiento que fluye de la presencia empoderadora del Dios Triuno en medio de ella.

El empoderamiento de Dios se extiende también a la sociedad en general por medio de las actividades de misión de la iglesia como uno de los instrumentos empoderadores de Dios en el mundo. A través de su servicio y sus ministerios diaconales, la iglesia provee ayuda para las necesidades inmediatas de la gente en situaciones de emergencia (por ejemplo, refugiados/as, personas desplazadas, víc-

Éste es un aspecto fundamental de la reconciliación: la restauración de la relación entre Dios y la humanidad.



© CAM Barbara Robra

timas de desastres naturales). Sin embargo, la iglesia está llamada a ir más allá de la ayuda o de un ministerio de caridad, para ofrecer un ministerio de empoderamiento. La iglesia busca maneras de ayudar a las personas necesitadas, sin importar su origen o credo, para que recuperen su dignidad humana al tener control sobre sus propias vidas. Para la iglesia misional, “las personas necesitadas” incluyen no sólo las personas con carencias materiales, económicas y sociales, sino también las personas que tienen necesidades emocionales, relacionales, mentales y espirituales. Las personas que sufren diferentes síndromes maníaco-depresivos, como la confusión sobre su identidad, la baja autoestima, la depresión y otros males psicosociales, requieren una atención y una presencia de la iglesia muy similar a la que precisa la gente marginada y oprimida económica y socialmente.

2.3.2. La misión como praxis integral y contextual

La iglesia en misión concibe su participación en la misión de Dios como contextual –atendiendo fielmente los retos de los contextos siempre cambiantes y complejos– y, por tanto, también como integral. La misión es integral y contextual con respecto a su objetivo, su práctica y su ubicación. Su objetivo abarca la creación entera (cuestiones ecológicas), la vida entera (social,

política, económica y cultural) y el ser humano entero (esto es, todas las personas y la persona en su totalidad: necesidades espirituales, mentales, relacionales, físicas y ambientales).

Su práctica requiere

la participación de la iglesia entera, mujeres y hombres, jóvenes y ancianos/as. En consonancia con su carácter integral, la misión brota de la esencia de la iglesia como una comunidad de celebración, mensajera, servicial, sanadora y comunidad *oikoumene*. Como tal, la iglesia busca justicia a través de la defensa de causas, logra la transformación a través del empode-

ramiento y trabaja por la paz y la reconciliación. Dada la catolicidad de la iglesia, la misión se lleva a cabo en todos los lugares, dondequiera que esté la iglesia, en todos los tiempos y para todas las generaciones. De esta manera, cada iglesia es responsable de la tarea misionera en su localidad, pero debe estar preparada también para cooperar con otras en diferentes localidades cuando es llamada al trabajo conjunto, y para comprometerse en esfuerzos misioneros conjuntos en lugares “donde nadie ha ido jamás”.

Al comprometerse en una praxis de misión integral y contextual, la iglesia enfrenta cuestiones misiológicas que se relacionan dialécticamente entre sí y que precisan ser aclaradas. En muchas ocasiones y durante mucho tiempo, los departamentos y sociedades misioneras, los institutos misioneros y cristianos/as individuales han participado en discusiones y debates teológicos sobre la relación entre las praxis misioneras tales como la proclamación y el servicio, la justificación y la justicia, la salvación y la sanación, y la misión y el diálogo interreligioso. Una mayor claridad con respecto a estos asuntos ayudará mucho a la comprensión y la práctica de la misión integral en la iglesia.

Proclamación y servicio

La misión integral de la iglesia abarca la proclamación y el servicio, o diaconía. ¿Cómo se relacionan en la praxis real de la misión? El Evangelio es, ante todo, la buena nueva de la justificación por gracia de los/as pecadores/as por parte de Dios mediante la fe en Jesucristo. Como palabra viva y creadora de Dios, el Evangelio debe ser verbalizado y articulado en un idioma entendible para la gente en sus contextos y en su tiempo. La proclamación como evangelización se centra en asegurar que el Evangelio sea proclamado al mundo entero por la iglesia entera y que las buenas nuevas se relacionen con los contextos específicos de manera concreta y relevante. La evangelización lleva a las personas a un encuentro personal con el Dios vivo, invitándolas a responder positivamente y con fe al llamado amoroso de Cristo de seguirle. Mediante la proclamación evangelística, la iglesia invita a las per-

[A]l seguir el camino de Cristo, la iglesia se beneficia del empoderamiento mutuo de sus miembros, un empoderamiento que fluye de la presencia empoderadora del Dios Triuno en medio de ella.

sonas a recibir el don del perdón de los pecados en el bautismo, a entrar en comunión con la comunidad cristiana y a vivir una vida de discipulado en misión.

El servicio, que constituye una parte integral de la misión, es una expresión esencial de la diaconía. La carta emanada de la consulta mundial de la FLM sobre *“La diaconía profética: Para la Sanación del Mundo”* (2002) (cf. publicación en inglés, 2003) subraya que la diaconía es un componente medular del Evangelio mismo y, por lo tanto, es central con respecto a lo que significa ser la iglesia. La diaconía no es solamente una opción, sino una parte esencial del discipulado. Todos/as los/as cristianos/as son llamados/as por medio del bautismo a vivir la diaconía a través de lo que hacen y la manera de la que viven en el mundo. Comienza como un servicio incondicional al prójimo necesitado y conduce inevitablemente al cambio y la transformación social.

En las iglesias luteranas, la diaconía se expresa de distintas formas: labores de socorro y desarrollo a nivel internacional; instituciones diaconales; esfuerzos a favor de la paz, la justicia y la integridad de la creación; el trabajo diaconal congregacional; y los ministerios sociales. Al llevar a cabo estos ministerios, la iglesia es consciente de dos asuntos teológicos. En primer lugar, la diaconía es más que la mera caridad. La iglesia concibe la diaconía como algo profundamente interrelacionado con el *Kerigma* (proclamación) y la *Koinonía* (compartir en la mesa) y, por lo tanto, como algo inevitablemente profético. La diaconía va más allá de la reacción inicial a las necesidades inmediatas, abordando las causas fundamentales de la pobreza y de la violencia estructural y sistémica debilitante. En la diaconía profética, la dicotomía paternalista entre los/as “donantes ricos/as” y los/as “pobres que reciben” queda superada, ya que tanto los/as que sirven como los/as que son servidos/as son transformados/as juntos/as en su esfuerzo común de desafiar la injusticia. En segundo lugar, al estar arraigada en la teología de la cruz, la iglesia es conducida espiritualmente a identificarse con las personas que sufren y son excluidas. El objetivo de su trabajo diaconal no es hacer proselitismo (atraer a otros/as cristianos/as a la denominación

propia). Sobre todo en las emergencias, la iglesia no utiliza la vulnerabilidad de la gente como una oportunidad para imponer sus creencias cristianas.

La iglesia y los/as cristianos/as como individuos proclaman el Evangelio a través de la palabra y dan testimonio de él por la manera de la que viven en



© CAM Barbara Robra

cada situación particular en sus propios contextos. Debe existir una coherencia entre vivir y decir, entre palabras y hechos. La proclamación y el testimonio a través de la diaconía son inseparables como participación en la misión transformadora, reconciliadora y empoderante de Dios en el mundo. La palabra sin hechos puede ser abstracta e impotente, y los hechos sin palabras pueden ser mudos y estar abiertos a cualquier interpretación.

Por supuesto, puede haber en el mundo momentos y lugares en los que la proclamación verbal del Evangelio no sea posible, en que la única forma de dar testimonio sea un servicio sin pala-

El servicio, que constituye una parte integral de la misión, es una expresión esencial de la diaconía.

bras enraizado en la oración. Este servicio sin palabras puede tener muchas facetas, tales como la ayuda humanitaria, el trabajo diaconal y el abogar por la transformación social y política.

Justificación y justicia

La justificación de los/as pecadores/as por gracia de Dios trasciende todos los conceptos humanos y sistemas de justicia basados en la ley de los méritos, la retribución, la distribución, la reparación y las represalias. La justificación por gracia no se centra en lo que los/as pecadores/as han hecho o prometen hacer, sino en lo que Dios ofre-

ce. Lo que Dios ofrece es una invitación sellada con la sangre de Cristo a una vida en comunión con Dios. Es esta invitación generosa de parte de Dios la que justifica la existencia de los seres humanos en esta vida. Es, a la vez, esta invitación inmerecida por parte de Dios la que justifica la pertenencia de los/as fieles a la familia de Dios, esto es, la comunión divina.

Por lo tanto, la justificación por gracia es liberadora y creativa. Libera al ser humano *de* la constante preocupación por justificarse a sí mismo, por probarse a sí mismo su valor y de la fijación en sus logros, y crea nuevas posibilidades y oportunidades *para* una vida en abundancia. La justicia liberadora y creativa de Dios también obra en las grandes hazañas de Dios en la historia, cuando los/as afligidos/as reciben consuelo y los/as cautivos/as y oprimidos/as son liberados/as. Esta liberación da inicio al renacimiento de la vida en comunidad, donde la solidaridad, la reconciliación y la justicia pueden florecer (Isaías 61:1-7).

El compromiso de la iglesia de abogar y trabajar a favor del establecimiento de la justicia tiene su origen en la justicia liberadora y creadora de Dios que obra en su misión, en la que participa la iglesia misional. En tanto que la gracia de Dios crea el espacio para que la justicia liberadora se manifieste, la iglesia está llamada a discernir la forma en que la justicia se expresará en la sociedad. La iglesia necesita reflexionar en oración sobre la clase de justicia que conducirá a la transformación, la reconciliación y el empoderamiento dentro de la sociedad y para ella. La justificación por gracia pone objeciones a la injusticia, los instrumentos de pecado y la maldad. La fe en el Dios que justifica por gracia inspira y da energía a la iglesia para *“hacer justicia, amar la misericordia, y humillarse ante Dios”* (Miqueas 6:8).

Salvación y sanación

La misión de Dios en el mundo incluye la experiencia de sanación en el contexto de la vida comunitaria, así como también la realidad espiritual de la salvación a través de la presencia redentora de Cristo en la vida de la comunidad cristiana, tanto en su conjunto como



© FL.M Margret Stasius

individualmente. La salvación como promesa escatológica de que un día Dios será todo en todos/as está en tensión constante con la dura realidad de la vida y su anhelo de sanación. La sanación abarca todo lo relacionado con la salud y la enfermedad, y el tratamiento y curación médicos, psiquiátricos, emocionales y espirituales. Para los/as cristianos/as de todas las denominaciones, la sanación es un tema teológico fundamental ya que juega un papel significativo en la vida espiritual. La existencia de enfermedades y el hecho de que entre cristianos/as no todas las personas enfermas son sanadas provoca preguntas sobre la relación de la sanación con la salvación en Jesucristo.

Según las Escrituras, Dios es la fuente de toda sanación. En el Antiguo Testamento, la sanación y la salvación están interrelacionadas y en muchas instancias significan lo mismo. “Sáname, oh Señor, y seré sano; sálvame, y seré salvo” (Jeremías 17:14). Sin embargo, en el Nuevo Testamento, ser sanado/a de una enfermedad no equivale a ser salvo/a. Además, el Nuevo Testamento hace una distinción entre la curación y la

sanación. Algunas personas pueden ser curadas pero no sanadas (Lucas 17:15-19), mientras otras personas no son curadas sino sanadas (2 Corintios 12:7-9). La “curación” denota la restitución de la salud perdida y conlleva así un significado protológico. La sanación, por su parte, se refiere a la realidad escatológica de la vida abundante que irrumpe en el mundo por medio del acontecimiento de Jesucristo, el sanador herido, que participa en todos los aspectos del sufrimiento, de la muerte y de la vida de los seres humanos, y supera toda violación, sufrimiento y muerte con su resurrección. En este sentido, la sanación y la salvación apuntan a la misma realidad escatológica.

Misión y diálogo interreligioso

Las iglesias se han involucrado con distinta intensidad en el diálogo con personas de diferentes confesiones y convicciones. La relevancia y los objetivos de estos diálogos con relación a la misión de la iglesia se han debatido con frecuencia en la reflexión teológica. Han surgido preguntas sobre si el diálogo debería reemplazar los esfuerzos misioneros, o servir como un paso preliminar para la misión, o más bien ser una parte integral de la misión global de la iglesia.

El diálogo interreligioso, entendido como la búsqueda de paz y cooperación en la sociedad, de comprensión mutua y de la verdad, es una parte integral de la misión de la iglesia. Como iglesia llamada y enviada a traer transformación, sanación y reconciliación a la sociedad, el trabajo con diferentes grupos de personas para lograr la paz y cooperar para el establecimiento de la justicia forma parte de su misión. El diálogo interreligioso, por ejemplo, es una herramienta eficaz para aliviar las tensiones religiosas y para identificar maneras en que la comunidad multirreligiosa puede unirse a fin de luchar en contra de los problemas de pobreza, discriminación y violencia, y en favor del desarrollo en general.

Por otro lado, el cristianismo, como el islam y otras religiones, es una religión misionera. Com-

partir la fe con otros y otras es fundamental para su identidad. Jesús bendijo a sus discípulos y los mandó a hacer discípulos de todas las naciones (Mateo 28:18-20). Cristo ofrece salvación y sanación a toda la humanidad por la fe sola, sin méritos humanos. Este carácter único de Cristo es fundamental para la misión de la iglesia. Como afirmó en su mensaje la Décima Asamblea de la FLM: *“La misión de Dios sobrepasa los límites de la iglesia”*. Sin embargo, agregó, citando de la Conferencia sobre Misión y Evangelización del CMI en San Antonio en 1989: *“Para los cristianos, el único camino de salvación es Jesucristo. Por otra parte, reconocemos que no podemos poner límites al poder redentor de Dios. Llegar a un entendimiento positivo de la naturaleza de las religiones misioneras, y de la manera de acomodar su necesidad de propagarse, puede ser un tema principal dentro de los diálogos interreligiosos. Sin embargo, el diálogo interreligioso no debe tener como objetivo convertir o ganar a los/as compañeros/as en el diálogo”*.

Además, los/as teólogos/as se han concentrado en la Trinidad como un modelo teológico para el diálogo interreligioso. Un modelo trinitario no sólo crea un espacio y permite la existencia del otro, sino también proporciona el fundamento y los modelos teológicos para la práctica de la “búsqueda común de la verdad” en el diálogo interreligioso. Para la iglesia, un enfoque trinitario puede proporcionar la posibilidad de subrayar el carácter único de Cristo y, al mismo tiempo, confesar la influencia del Espíritu Santo fuera de la iglesia, y la actividad de Dios en la creación y en otras religiones.

La concentración en la relación interior y la interdependencia de la vida trinitaria de Dios proporciona una base para un diálogo por medio de la vida compartida en comunidad, así como por medio del mutuo compartir de una peregrinación espiritual del alma como personas de fe. El modelo trinitario también revela un aspecto transformador del diálogo interreligioso. Como el Hijo se arriesga hacia lo desconocido confiando en el Padre y con el acompañamiento del Espíritu Santo, la iglesia también sale a dialogar con personas de diferentes confesiones, aferrándose a la





visión escatológica de que al final Dios será todo en todos/as. La confianza en el futuro de Dios le da a la iglesia el poder necesario para vivir una vida encarnacional y transformadora junto a personas de diferentes confesiones como compañeros/as íntimos/as en el camino a Emaús. Esto no disminuye el testimonio de los/as cristianos/as que afirman haber encontrado vida en abundancia en Jesucristo. Su propio testimonio sólo puede ser oído en su integridad cuando están dispuestos/as a escuchar con mente y corazón abiertos lo que otras personas de fe consideran más importante.

2.4. Teología, contexto y práctica

La misión como acompañamiento necesita una teología que refleje el contexto de la iglesia y sea elaborada dentro de él. Esta teología contextual de la misión también debe reflexionar sobre la praxis de la iglesia.

Aplicando el modelo de la espiral hermenéutica, la teología de la misión hace referencia a la práctica de la misión y se deriva de ella.

La tercera sección de este documento tiene como objetivo considerar la práctica de la misión como una indicación de cómo la iglesia en misión vive su llamado a participar en la misión de Dios. La misión fluye de la misma esencia de la iglesia testimonial y misional. Por lo tanto, la tercera sección no tiene la intención de ofrecer una receta para las

El diálogo interreligioso, por ejemplo, es una herramienta eficaz para aliviar las tensiones religiosas y para identificar maneras en que la comunidad multirreligiosa puede unirse a fin de luchar en contra de los problemas de pobreza, discriminación y violencia, y en favor del desarrollo en general.

prácticas misioneras en todas las situaciones ni de enumerar una variedad de tareas misioneras que la iglesia debe llevar a cabo. Más bien, señala algunas direcciones

e impulsos generales de prácticas misioneras que se espera sirvan para iniciar discusiones creativas e inspirar programas y proyectos innovadores entre las iglesias y sus agencias relacionadas.

SECCIÓN 3

LA PRÁCTICA DE LA MISIÓN

Al acercarse al pueblo adonde se dirigían, Jesús hizo como que iba más lejos. Pero ellos insistieron: Quédate con nosotros, que está atardeciendo; ya es casi de noche. Así que entró para quedarse con ellos. Luego, estando con ellos a la mesa, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio. Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero él desapareció. Se decían el uno al otro: ¿No ardía nuestro corazón mientras conversaba con nosotros en el camino y nos explicaba las Escrituras? Al instante se pusieron en camino y regresaron a Jerusalén. Allí encontraron a los once y a los que estaban reunidos con ellos. “¡Es cierto!, decían. El Señor ha resucitado y se le ha aparecido a Simón”. Los dos, por su parte, contaron lo que les había sucedido en el camino, y cómo habían reconocido a Jesús cuando partió el pan. Lucas 24:28-35



LA PRÁCTICA DE LA MISIÓN

3.1. La iglesia entera en misión

La iglesia entiende la misión como una expresión fiel de su llamado, esto es, apuntar hacia el reinado de Dios en Jesucristo que irrumpen en el mundo y participar en él. La misión de la iglesia, en sus diferentes formas y aspectos, está orientada a la transformación, la reconciliación y el empoderamiento del mundo y lo que hay en él. La misión es un don de Dios para cada persona bautizada, así como para la iglesia en su totalidad: desde la congregación hasta la iglesia nacional y la comunión mundial de iglesias. La iglesia en su totalidad (esto es, cada miembro de ella) participa en la misión, ya que la misión no es una prerrogativa de unos/as pocos/as profesionales o unas cuantas congregaciones o iglesias adineradas. La idea de que una persona haga misión en lugar de otras es ajena a la misión de Dios, lo cual significa que la iglesia no puede delegar a otros/as la responsabilidad de llevar a cabo su tarea misionera, del mismo modo que no puede delegar a otros/as la responsabilidad de practicar su vida de culto y sacramental. La iglesia entera, y no solamente ciertos individuos, está llamada a la misión; por ello, la misión es responsabilidad de toda la familia de Dios, la comunión de los/as que han sido enviados/as.

La participación en la misión desde la perspectiva de la comunión de los/as enviados/as (y también de los/as santos/as) lleva a la iglesia a una *martyría* fiel al mantenerse unida en todos los lugares y tiempos para dar un testimonio en común. Al practicar la iglesia la misión como una comunión, y no sólo como congregaciones o iglesias particulares aisladas, la solidaridad y el compañerismo en la misión se manifestarán cada vez más,



y desaparecerán la competencia y las duplicaciones de esfuerzos, que constituyen un mal uso de los recursos. Así, por ejemplo, las iglesias luteranas, al participar en la misión de Dios como una comunión de iglesias luteranas, obtendrán las bendiciones que son consecuencia del compartir de recursos para la misión. El mismo esfuerzo misionero se beneficiará de la riqueza de experiencias recogidas de todas partes del mundo y de diferentes generaciones de cristianos/as.

Puesto que la misión debe ser contextual para que la fe esté arraigada en las experiencias de vida reales de la gente, cada iglesia debe asumir la responsabilidad principal para la misión en su localidad y región inmediata. Sin embargo, debido a la apostolicidad y la catolicidad de la iglesia, la proximidad no significa la posesión exclusiva de la práctica de la misión. La misión sigue siendo la misión de Dios; por lo tanto, los/as cristianos/as de diferentes partes del mundo, tanto individuos particulares como familias, pueden recibir un llamado de Dios a través de una iglesia hermana para compartir la responsabilidad de la misión con otra iglesia en un lugar geográfico diferente o una situación sociocultural distinta. Desde esta perspectiva, el papel de los ministerios especializados para la cooperación internacional en la misión y la capacitación para llevarlos a cabo son muy importantes. No obstante, es preciso ser prudentes para que el llamamiento de testigos transculturales como misioneros/as, compañeros/as de trabajo o consejeros/as no resulte en una división de la comunión entre las iglesias que “envían” y las que “reciben”.

Dada la creciente complejidad de los contextos actuales de la misión, la cooperación en la misión es más crucial que nunca. Se están probando nuevos modelos de cooperación que promueven una participación igualitaria y relaciones en las que se comparten las responsabilidades. Hoy día, las iglesias en el Norte y en el Sur hablan del *acompañamiento* en la misión. Ya que la palabra acompañamiento viene de “compañero/a”, que significa “compartir pan juntos”, las iglesias compañeras en la misión comparten todos sus recursos entre sí. Al igual que en la historia de Emaús, las personas que se acompañan mutuamente comparten un mismo

camino, con todas las preocupaciones, dolores, esperanzas y alegrías que cada uno/a trae consigo. El Cristo resucitado, que se une a ellos/as en el camino, hace de este acompañamiento mutuo una experiencia que empodera y transforma a la iglesia y al mundo.

En algunas iglesias, por razones históricas y estructurales, la misión todavía se lleva a cabo por medio de agencias independientes relacionadas con la iglesia. Es necesaria una reflexión más detenida y profunda sobre esta práctica, a la luz de la comprensión eclesiológica de la iglesia como misional. Para evitar la confusión de roles y responsabilidades de la iglesia misma en la misión de Dios, algunas agencias misioneras han tomado la iniciativa de animar a la iglesia a reflexionar sobre su naturaleza misional. La integración de la misión en las estructuras eclesiales, tanto en el ámbito local como global, y la unificación del testimonio de la palabra con el testimonio de acción dentro de una sola estructura formarían parte de esta discusión.

Empoderada por la Palabra y guiada por el Espíritu, la iglesia sabe que la misión nace de su naturaleza en tanto que comunidad que da testimonio.

3.2. La iglesia misional en acción

Para la iglesia misional, la misión no es solamente lo que la iglesia hace (actividades misioneras), sino también la iglesia en acción. Empoderada por la Palabra y guía-

da por el Espíritu, la iglesia sabe que la misión nace de su naturaleza en tanto que comunidad que da testimonio. El ministerio de la iglesia en sus diversas formas juega un papel central a fin de dotar a la iglesia para la misión como una comunidad celebrativa, mensajera, servicial, sanadora y *oikoumene*.

3.2.1. Una comunidad de testimonio

La iglesia como una comunidad de testimonio apunta hacia el reinado de Dios en Cristo que irrumpe en el mundo, usando para ello los dones espirituales (*carismata*) que el Espíritu Santo ha derramado generosamente sobre ella. Según 1 Corintios 12, la iglesia ha sido dotada de dones espirituales para el fortalecimiento de la comunión/hermandad (*Koinonía*), para la proclamación del evangelio (*Kerygma*) y para el servicio y la sanación (*Diaconía*). Como comunidad de testimonio, la iglesia no puede participar fielmente en la misión de Dios sin estos dones, pues de otra forma la misión sería solamente una empresa humana. Una iglesia en misión es una iglesia dotada (*carismática*) para una misión transformadora, reconciliadora y empoderante.

Una comunidad de celebración

La iglesia como una comunidad de celebración apunta hacia la rea-

lidad y la presencia del reinado amoroso de Dios en Cristo, que reúne y sostiene por medio de la Palabra y los Sacramentos a una comunidad fiel de pecadores/as perdonados/as. En y por sí misma, una comunidad que ora, confiesa y celebra es señal del reinado de Dios que irrumpe en el mundo. La comunidad de celebración apunta también hacia el futuro con Dios, una realidad escatológica que se acerca al presente. De esta manera, la iglesia ora y espera que la nueva realidad de Dios irrumpa en su celebración. Sobre la base de lo que es y lo que espera, la iglesia es empoderada por medio de la celebración para la misión transformadora y reconciliadora en el mundo. Por lo tanto, la seriedad en la planificación y la preparación de los servicios de culto es crucial en vista de la misión de la iglesia, teniendo en mente la importancia espiritual de la hospitalidad que extiende la bienvenida a todas las personas.

Una comunidad que nutre

La iglesia como una comunidad que nutre se concibe a sí misma como una comunidad de aprendizaje y como un aprendizaje en comunidad. El nutrir o disciplinar al pueblo de Dios para la misión es una dimensión importante de la misión de la iglesia. Dotar a la iglesia entera para la misión (Efesios 4:11-12) incluye la educación cristiana y la educación teológica. La educación cristiana provee el acompañamiento para un peregrinaje de fe que dura toda la vida. Algunas iglesias entienden la educación cristiana de forma misiológica, desde el punto de vista de “penetrar en las profundidades para extenderse por las anchuras”, y como “enseñar para alcanzar”. La educación teológica es fundamental para asegurar la continuidad de los ministerios integrales y proféticos que fortalecen la misión reconciliadora y empoderante de la iglesia. El reciente despertar misiológico de seminarios teológicos e institutos bíblicos ha provocado un cambio en el currículum donde la misión ya no se considera una materia optativa, sino una parte integral de todas las materias básicas. Este cambio de ninguna manera le resta importancia a los departamentos o institutos misioneros en las universidades y seminarios. Al contrario, pretende realzar su importancia y su centralidad para el ministerio de la formación de la iglesia.

La iglesia como una comunidad de celebración apunta hacia la realidad y la presencia del reinado amoroso de Dios en Cristo, que reúne y sostiene por medio de la Palabra y los Sacramentos a una comunidad fiel de pecadores/as perdonados/as.

Para la comunidad que celebra y nutre, la oración está en el centro de todo lo que hace. La oración es el medio por el cual la iglesia deposita su confianza en el Dios que “llama, envía y acompaña”, una confianza que se renueva y se fortalece constantemente por medio de una profundización incesante de la espiritualidad misionera. Sin embargo, la oración es también el medio por el cual Dios trae transformación, reconciliación, empoderamiento y sanación al mundo (Mateo 21:22; Juan 14:12-14, 15:16). Una iglesia en misión, habitada y guiada por el Espíritu Santo, es una iglesia que ora.

© FLM Margret Stastus



Una comunidad mensajera

La iglesia en misión es una comunidad mensajera. Tiene un mensaje poderoso y empoderante que comunicar. El mensaje está centrado en la reconciliación y la salvación de Dios en Jesucristo, y apunta así hacia la acción amorosa de Dios de transformar a la totalidad de la persona y la totalidad de la gente en todos los lugares y tiempos. La iglesia en misión es apostólica, no sólo porque comunica el mensaje que le ha sido confiado, sino también porque es fiel a la integridad del mensaje. En su anuncio de la irrupción del reinado de Dios en el mundo, el mensaje también denuncia de manera profética las estructuras opresivas, jerárquicas y patriarcales y los sistemas violentos destructivos, así como las relaciones interpersonales pecaminosas. Anunciar el mensaje de una manera profética obliga a la

comunidad mensajera a analizar e identificar su contexto siempre de nuevo.

La comunidad mensajera entiende que el mensaje de la irrupción del reinado amoroso de Dios en Cristo se puede comunicar de diferentes maneras: por medio de la proclamación verbal, viviendo el llamado de ser un buen prójimo, a través de los servicios diaconales y abogando por la justicia y la paz. En el pasado, muchas iglesias dieron una definición bastante restringida a la misión, al entenderla básicamente como evangelización, un encuentro entre la incredulidad y la fe. Aunque la proclamación como evangelización es central para la misión, no constituye la totalidad de ésta. Desde la década de los 70, las iglesias, particularmente las del Sur, han entendido la misión de una manera más integral y global. La comunidad mensajera da testimonio de las Buenas Nuevas en palabra y hecho, haciendo concreta para las personas en sus respectivos contextos la vida prometida por el Evangelio y ofreciendo oportunidades para que la comunidad más extensa comparta la amorosa invitación de Dios a la “fiesta de bodas” (Mateo 22:1-12).

La comunidad mensajera conoce diferentes maneras de invitar a la gente a formar parte del reinado de Dios que irrumpe en el mundo. Hasta ahora, las iglesias han

organizado “campanas” evangelísticas, ya sea en estadios, bajo carpas, en la esquina de alguna calle o viajando de una población a otra y de puerta en puerta. Ha habido progreso en el uso de tecnología moderna como la radio, las cintas de audio y video, y la televisión. Actualmente, muchas iglesias están explorando el uso eficaz del Internet o del teléfono para compartir el mensaje de Dios. Estos instrumentos de comunicación, aunque son eficaces para llegar a audiencias extendidas y secularizadas, resultan bastante impersonales. Congregaciones “virtuales” son creadas a través del Internet, pero la gente sigue anhelando pertenecer a una comunidad de fe real. Por lo tanto, la iglesia tiene el reto de reconsiderar las formas y medios tradicionales de comunicación.

Un método que todavía es eficaz es el que consiste en compartir

las buenas nuevas de forma personal, por medio de encuentros cara a cara, encuentros transgeneracionales o transculturales. Esta metodología es abierta y su aplicación es flexible para todos/as los/las mensajeros/as, además de

no ser costosa. Se puede practicar en cualquier lugar —en casa, en los lugares de trabajo o centros de educación, o mientras se viaja. Sin embargo, al considerar su contexto como comunidad mensajera, la iglesia se percata de que en algunos países acomodados y se-

cularizados los/as cristianos/as sienten cierto temor o, inclusive, se resisten a la idea de compartir su fe abiertamente con otras personas. La iglesia necesita llevar a cabo un estudio profundo de su contexto, su teología y su ministerio para hallar las causas de la incapacidad de algunos/as cristianos/as de vivir plenamente como mensajeros/as.

En algunos lugares del mundo, donde se ha puesto en práctica la forma de hacer misión integral a través de encuentros personales, generalmente por medio del “movimiento de iglesias caseras” o los movimientos carismáticos de renovación, la membresía de la iglesia ha aumentado enormemente. En África, por ejemplo, la iglesia luterana aumenta su membresía en un promedio de 300.000 personas por año. La iglesia se enfrenta al reto de responder a la gran necesidad de proveer el cuidado pastoral y la capacidad estructural adecuados, y de nutrir a los/as fieles. Sin embargo, a través de estos movimientos, la comunidad mensajera ha encontrado una manera eficaz de ser una iglesia en comunidad siete días a la semana.

Una comunidad de servicio

La iglesia en misión es una comunidad de servicio comprometida con la diaconía a la imagen de su Señor quien afirmó que venía, “no para ser servido sino para servir, y para dar su vida como rescate por muchos” (Mateo 20:28). A través de la diaconía, la iglesia como una comunidad de servicio expresa de manera concreta en la vida cotidiana de la gente el reinado de Dios que en Cristo irrumpe en el mundo. Por un lado, las iglesias han llevado a cabo un trabajo diaconal por medio de escuelas, hospitales, orfanatos y asilos de ancianos/as. A pesar de los beneficios que la sociedad en general ha obtenido de tales servicios, estos han sido criticados por algunas personas como “evangelísticos”; esto es, realizados con el objetivo de cautivar o atraer a la gente con el propósito de “ganar almas”. A través de sus servicios, la iglesia da testimonio de la realidad del reinado de Dios en Cristo que irrumpe en el mundo, sin importar si estos servicios son para la comunidad en general o para las necesidades de la misma iglesia. Sin embargo, la ige-

Un método que todavía es eficaz es el que consiste en compartir las buenas nuevas de forma personal, por medio de encuentros cara a cara, encuentros transgeneracionales o transculturales.



© FLM

sia es consciente de que tal servicio puede volverse paternalista y proselitista, y que debe ser objeto de reflexión y atención constantes.

Por otro lado, la comunidad de servicio también es conocida por su compromiso en la diaconía con servicios sociales orientados principalmente a satisfacer necesidades humanas y/o comunitarias, logrando procesos de transformación en las estructuras y en la vida de las comunidades. Su objetivo principal es compartir con toda la gente, de maneras concretas, la vida abundante prometida por el Evangelio sin sentir la obligación de “vocalizarlo” o verbalizarlo de forma alguna. Estos servicios no son solamente obra caritativa. Tienen el propósito de transformar comunidades y sociedades, abogando en favor de la justicia e insistiendo en la necesidad de comunidades alternativas sostenibles; por lo tanto, deben estar enfocados en resultados y ser conscientes de su impacto. Este

servicio diaconal incondicional y no discriminatorio se manifiesta generalmente por medio de proyectos de desarrollo por parte de la iglesia: el trabajo que responde a situaciones de emergencia, la ayuda humanitaria, el trabajo de rehabilitación después de una catástrofe, el trabajo de desarrollo comunitario y diferentes actividades de cuidado.

El concepto de desarrollo es considerado por sus detractores/as como incompatible con la misión de la iglesia, por denotar una teoría de política económica occidental basada en un entendimiento específico de relaciones sociales



Todas las fotos © FLM

y el uso de doctrinas modernistas. Sin embargo, la comprensión actual del significado y del objetivo del desarrollo ha cambiado drásticamente. El desarrollo ha recibido otro enfoque buscando la emancipación del individuo y la transformación y liberación de la sociedad, que incluye el bienestar social, cultural y espiritual de la gente. Ya no está enfocado exclusivamente en la riqueza económica y material. En esta perspectiva, la labor de desarrollo, como parte del proceso de transformación y empoderamiento, constituye una parte integral de la misión de la iglesia. En muchos lugares del mundo, la iglesia como comunidad de servicio es reconocida en las bases como un agente eficaz del empoderamiento y la transformación social profunda.

Una comunidad sanadora

La iglesia en misión es una comunidad sanadora. Desde sus propios inicios, la iglesia ha comprendido su llamado y su misión de ser una comunidad sanadora como parte integral de su servicio en la comunidad (Mateo 10:1, 8; Marcos 16:15-18), siguiendo así el camino de su Señor (Hechos 4:30). También se concibe a sí misma como una comunidad que está en proceso de sanación. Ésta tiene lugar en el ámbito personal y en el ámbito de la sociedad. La iglesia en misión ha sido dotada de varios dones espirituales para la sanación de las personas. Instituciones médicas cuidan y dan tratamiento a las personas que padecen males físicos,

mentales y hasta relacionales. Los hospitales, las clínicas y la ayuda médica de emergencia son medios por los cuales la iglesia ha manifestado su misión de amor y de empoderamiento. Una de las tareas más desafiantes a las que se enfrenta la iglesia actualmente es la de responder al asunto tan complejo del VIH/SIDA. Uniéndose con otras iglesias para responder al reto de la pandemia, las iglesias luteranas en el Norte y en el Sur se involucraron de manera activa en la campaña de la FLM contra el VIH/SIDA (cf. *Compasión, Conversión, Asistencia: Plan de acción de la Federación Luterana Mundial*, 2002).

La iglesia también continúa la práctica apostólica de sanar a través de la oración y la imposición de manos. Por medio de este ministerio, se ora pidiendo curación y sanación, salud y un bienestar integral, recayendo el énfasis sobre este último. De esta manera, la persona en su totalidad, junto con sus relaciones, recibe atención y cuidado, y es transformada.

La iglesia también toma en consideración los problemas y las enfermedades de la sociedad. Como una comunidad que nutre, mensajera y de servicio, la iglesia trabaja para sanar las heridas profundas y los dolores perdurables ocasionados por la codicia del poder y los bienes materiales, los prejuicios y la violencia en el mundo. A principios del siglo XXI, muchos países todavía portan las cicatrices, la vergüenza y el resentimiento ocasionados por el colonialismo, los

conflictos ideológicos, el racismo y el genocidio. Se han cometido y sufrido atrocidades, se han impuesto y soportado humillaciones, se han saqueado y perdido recursos (materiales y humanos). La gente –tanto las víctimas como los/as victimarios/as– que participa en una misma comunidad sanadora quiere liberarse de memorias tan dolorosas. Uno de los mayores retos para la misión en esta década debe ser la sanación de las memorias, la eliminación de la culpa interiorizada y la vergüenza del pasado y el hallazgo de caminos compartidos entre países, personas e iglesias.

3.2.2. Una comunidad *oikoumene*

La iglesia en misión es una comunidad *oikoumene*. Al participar en la misión de Dios, la iglesia se interesa por el mundo como su *oikos*, su casa u hogar. También es característico de la iglesia misionera el estar *en* y *con* el mundo, aun cuando no es *de* este mundo (Juan 17:15-18). Los esfuerzos misioneros de la iglesia cubren tres aspectos del *oikos*: el ecuménico, el económico y el ecológico. Una comprensión y un uso más amplios del concepto del hogar ecuménico implica igualmente un compromiso de diálogo; esto es, un diálogo fructífero con toda la gente que considera a la tierra su hogar.

El compromiso ecuménico

Cualquier iglesia comprometida con la misión integral en los contextos globalizados de hoy pronto comprende que la misión abarca “todo el mundo habitado” –no sólo áreas selectas– y que la mejor forma de llevarla a cabo es de manera ecuménica con toda la familia de Dios, más allá de las demarcaciones denominacionales. La incapacidad de las iglesias de lograr la unidad en la diversidad o de participar en esfuerzos conjuntos de misión ha minado la credibilidad de la iglesia en misión. Asimismo, los múltiples conflictos y las disensiones entre iglesias y entre organizaciones relacionadas con ellas tienen un efecto negativo en la vida y el testimonio de la iglesia. Se consagra energía, tiempo y recursos a la mediación y a la reconciliación entre facciones en divergencia, en lugar de concentrarse en el bienestar del mundo.

Una iglesia misionera como comunidad de la *oikoumene* tiene como prioridad traer paz, justicia, sanación y vida abundante al *oikos*. Inspirada por el espíritu de reconciliación, la iglesia enfrenta proféticamente la creciente inestabilidad política y social, y la violencia en diferentes partes del mundo. Tanto en el ámbito nacional como en el internacional, las iglesias han ofrecido valientemente su mediación entre grupos que están en conflicto o enfrentados entre sí. En muchas ocasiones, han llamado incluso a los grupos más belicosos a la mesa de negociación para alcanzar acuerdos pacíficos entre las facciones. Por lo tanto, para la sanación del mundo, es imperativo que se establezcan la comprensión, la solidaridad, la paciencia y el amor entre las iglesias. Aunque la unidad de la iglesia es una de las metas de la misión, los diálogos ecuménicos entre denominaciones cristianas necesitan tener la misión como tema central.

El compromiso de diálogo

Como una comunidad *oikoumene*, la iglesia tiene en alta estima a la gente de otras religiones y convicciones que también considera a este mundo su hogar. El compromiso continuo de la iglesia con la transformación, la reconciliación y el empoderamiento también halla su expresión en las distintas perspectivas interrelacionadas en

Uno de los mayores retos para la misión en esta década debe ser la sanación de las memorias, la eliminación de la culpa interiorizada y la vergüenza del pasado y el hallazgo de caminos compartidos entre países, personas e iglesias.

el diálogo interreligioso con gente que vive en contextos multirreligiosos.

En Malasia, por ejemplo, cristianos/as y musulmanes/as sostienen un “diálogo de vida”. En la vida cotidiana de la comunidad, las personas se aceptan mutuamente como gente de fe y conviven e interactúan unos/as con otros/as en paz. En 2002 y 2004, la FLM organizó una “Cumbre para la Paz” para África que reunió a todos los líderes religiosos del continente.

La Cumbre estableció un Plan de Acción con el objetivo de trabajar conjuntamente para la paz en todo el continente.

En la India, hay un movimiento orientado a buscar una base común que reúna a personas de diferen-

tes tradiciones de fe para la *diapaxis*: la acción conjunta en solidaridad que se dedica a promover la paz, una mejor calidad de vida y la disminución del sufrimiento humano.

En otros lugares, como Nigeria, y en ciudades multiculturales del Norte, cristianos/as y musulmanes/as sostienen diálogos orientados a un entendimiento mutuo. La comprensión de las creencias religiosas de otras personas ayuda a construir relaciones de respeto mutuo y confianza, que facilitan la cooperación para la paz y el desarrollo en la sociedad. El “enfoque

espiritual” en el diálogo interreligioso, que se practica en la India y pone de relieve la oración y la meditación, es igualmente importante. Estos enfoques resaltan un estilo de vida que respeta la imagen de Dios en todas las personas. La vida vehicula el diálogo.

Otro enfoque consiste en el diálogo interreligioso académico. Por lo general, éste se realiza entre académicos/as y líderes religiosos/as. En este nivel, los/as compañeros/as de diálogo deben estar abiertos/as, con toda objetividad y honestidad, a lo que el otro o la otra presenta como verdad, con la clara posibilidad de cambiar de bando si lo presentado sacude los fundamentos de su fe. Para la iglesia, esta búsqueda conjunta de la verdad es una aventura llena de confianza hacia lo desconocido, siguiendo el modelo trinitario de diálogo (cf. la publicación de la FLM en inglés *Dialogue and Beyond* [Más allá del diálogo], marzo de 2003).

Además, la iglesia está llamada constantemente a dialogar con diferentes organizaciones no gubernamentales (las ONG) y la sociedad civil sobre asuntos importantes que contribuyen al bienestar de la gente y de las relaciones en la sociedad. La transformación, la reconciliación y el empoderamiento pueden darse, y de hecho se dan, en la sociedad a través de los encuentros y el diálogo entre la iglesia y grupos comprometidos con problemas sociales, económicos y ecológicos.

El compromiso económico

Los/as cristianos/as viven su vocación bautismal en distintos campos de la vida cotidiana, incluyendo la vida económica. En ella, la gente busca ganarse la vida, tanto para sus propias familias como para la comunidad más amplia. Uno de los problemas es que los esquemas de injusticia, particularmente los que han surgido con la globalización económica, hacen que esto sea cada vez más difícil para muchas personas. Por lo tanto, es importante que la iglesia como una comunidad *oikoumene* levante su voz profética en contra de estructuras y sistemas opresivos e injustos, y que anime al mismo tiempo a aquellos miembros que tienen acceso a esas estructuras a cambiar las políticas y prácticas desde dentro.

La transformación, la reconciliación y el empoderamiento pueden darse, y de hecho se dan, en la sociedad a través de los encuentros y el diálogo entre la iglesia y grupos comprometidos con problemas sociales, económicos y ecológicos.

En el ámbito local, regional y global, las iglesias han desarrollado estrategias en conjunto para abogar a favor del establecimiento de la justicia y la paz, la erradicación de la pobreza y las enfermedades mortales. La comunidad *oikoumene* está comprometida en la misión en un mundo que podría destruirse a sí mismo multitud de veces y que parece no tener la capacidad o la voluntad de erradicar la pobreza y el hambre para todas las personas. Por tanto, la iglesia ora pidiendo el empoderamiento y la orientación de Dios. También busca maneras de empoderar a las víctimas de la injusticia, y actúa de manera proactiva para transformar los efectos adversos de la globalización económica neoliberal.

Un ejemplo de tal acción conjunta es el llamado a una “globalización de la solidaridad”. Ésta pretende fomentar y promover estrategias comunes para la cancelación de las deudas de países empobrecidos, la protección de economías vulnerables frente a las corporaciones transnacionales poderosas y el apoyo a tratados comerciales alternativos. El fomento de una “espiritualidad de la resistencia” como acompañamiento a la solidaridad global es clave para estas y otras estrategias. Las iglesias pueden recurrir a su herencia espiritual para confrontar lo que está ocurriendo bajo las políticas y prácticas preponderantes, para preparar a sus miembros a través de la vida congregacional a fin de resistirse a los supuestos implícitos que operan en estos desarrollos y para trabajar en pos de la transformación de las políticas que operan bajo la globalización económica, por medio de relaciones de compañerismo ecuménicas e interreligiosas y con la sociedad civil. La historia del camino a Emaús ofrece un paradigma poderoso para el caminar de las iglesias al enfrentar estos retos (cf. la publicación de la FLM *Llamado a participar en la transformación de la globalización económica*, 2002, y el libro, *Communion, Responsibility, Accountability, [La comunión, la responsabilidad y la rendición de cuentas]*, 2004).

El compromiso ecológico

La comunidad *oikoumene* cree firmemente que la creación de Dios es buena. Es primero y ante todo la creación de Dios la que es recibida posteriormente con gratitud como un *oikos* (hogar) para toda la gente. El primer paso



© CAM Barbara Robra

en el esfuerzo misionero ecológico de la iglesia es el de la confesión y el arrepentimiento. Durante siglos, la perspectiva ultramundana adoptada por la iglesia y su énfasis en el dominio o la dominación de los seres humanos sobre la creación preparó el camino para la explotación y la destrucción de la naturaleza. La tierra *oikos* está agonizando.

La iglesia como una comunidad de sanación necesita en todo lugar considerar la creación en su totalidad a la luz del Evangelio y buscar formas de devolver la salud a este planeta. El mundo no es principalmente un medio ambiente humano, ni simplemente un escenario para el drama de la salvación humana. Más bien, en sí

y por sí mismo es un participante activo en la misión de Dios. En la visión del apóstol Pablo, “la creación misma será liberada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios” (Romanos 8:20-21). La iglesia como comunidad *oikoumene* debe, con sus redes mundiales, promover y dar prioridad a su participa-

ción en el proceso de la rehabilitación de la tierra y la prevención de una mayor destrucción ecológica causada por el uso de los combustibles fósiles, la contaminación por desechos tóxicos y la exterminación de especies animales, por ejemplo. Junto con la sociedad civil y grupos voluntarios preocupados por la integridad de la tierra, existe la necesidad urgente de que la iglesia levante su voz profética para identificar y denunciar las acciones destructivas contra el *oikos*. Proyectos locales que tienen que ver con la rehabilitación ecológica deben ser promovidos y apoyados económicamente por todos/as los/as compañeros/as en misión. La atención a cuestiones ecológicas constituye un llamado urgente de misión para todos y todas.

3.3. Nuevos retos y oportunidades para la misión

La sección sobre *el contexto de la misión* describe en términos gráficos los retos y oportunidades que presentan los contextos cambiantes de la misión. Al acelerarse tan rápidamente el ritmo de la globalización con la ayuda de la alta tecnología, la mentalidad de mercado que promueve el consumismo ya ha infectado todas las esferas de la vida. Es trágico que precisamente aquellos factores que promueven la globalización (por ejemplo, la riqueza, las tecnologías de la información y los conocimientos técnicos) sean justamente aquellos que dividen el mundo al excluir a la mayoría. Además, es irónico que en un mundo de alta tecnología y gran abundancia de información y conocimientos, la violencia haya alcanzado una intensidad y ubicuidad sin precedentes. Los contextos han cambiado radicalmente, y ya que la misión siempre debe ser contextual, es necesario que la iglesia examine cuidadosamente sus prácticas misioneras, haciendo inventario de las mismas y reformulándolas, con el objetivo de hacerlas relevantes y eficaces en los contextos de hoy y para ellos.

3.3.1. La misión hasta “los confines de la tierra”

Jesús le prometió a sus discípulos que serían empoderados por el Espíritu Santo para ser sus testigos hasta “los



© Henri Fallon, <http://henrison.net>

confines de la tierra” (Hechos 1:8). Desde entonces, el Evangelio ha sido predicado a los seis continentes, pero todavía hay algunos lugares donde las buenas nuevas de la gracia de Dios en Cristo no han sido escuchadas ni recibidas. En el Norte y en el Sur, las dos terceras partes de la población mundial todavía no reconocen a Cristo como Señor y Salvador, o ya no lo hacen.

Con el desplazamiento del centro de gravedad del cristianismo del Norte al Sur, la mayoría de las personas en los países anteriormente conocidos como “cristianos” se han vuelto indiferentes y hasta hostiles al testimonio de la iglesia del Evangelio. En países como estos, existen ámbitos de la vida donde Jesucristo ya no es conocido. Para la iglesia misional, estos lugares y personas “no alcanzados” siempre son considerados “los confines de la tierra”. Puede que no estén lejos geográficamente, pero quizás representan nuevas situaciones que ofrecen oportunidades nuevas y desafiantes para dar testimonio (*martyría*) del Señor de la historia.

Desde la segunda mitad del siglo XX, con sus rápidos cambios en la tecnología y el crecimiento de las industrias del entretenimiento, la iglesia ha sido desplazada (tanto en el sentido literal como metafórico) del centro de las grandes ciudades. En la periferia de la vida y del comercio de las ciudades, la iglesia no ha influido de manera significativa en la vida y el futuro de las comunidades urbanas. En el mejor de los casos, la iglesia ha limitado su misión al cuidado de individuos exasperados por las exigencias urbanas. ¿Cuáles son las nuevas oportunidades para la misión que vastas ciudades cosmopolitas como São Paulo, Nueva York, Londres, Nueva Delhi y Nairobi ofrecen a la iglesia? ¿Cómo puede la iglesia volver a tener una presencia significativa y ejercer una influencia relevante en la vida de las ciudades?

No se trata de que la iglesia compita con la política, la economía y las industrias del entretenimiento para influir en la vida de una ciudad o una nación. Entre las oportunidades que desafían a la iglesia se encuentra el acompañamiento a comunidades y países en áreas y situaciones caracterizadas como de “los confines de la tierra”, y el coraje de ser iglesia “donde nadie ha ido jamás”. Estos no son necesariamente “lugares”, sino que

pueden ser ámbitos de la vida o grupos de interés, o ideologías. Por ejemplo, uno de los denominadores comunes que influye en la vida de la gente de hoy y produce cambios en ella es la alta tecnología. La alta tecnología, cuando se utiliza debidamente, brinda comodidad y ayuda a salvar vidas; sin embargo, en algunas ocasiones, la inteligencia artificial puede robarle a la gente su dignidad humana. La investigación en las áreas de la tecnología de la información avanzada, la manipulación genética, las fuentes de energía seguras y renovables ya se está llevando a cabo hoy día. ¿Qué habría que hacer para que la iglesia misional estuviera presente en los espacios en los que nacen las nuevas tecnologías para que éstas sean más humanas? La formulación de respuestas éticas al uso de la tecnología es necesaria para la iglesia, pero no es suficiente. La misión de la iglesia insta a un acompañamiento más proactivo.

Existen oportunidades para que la iglesia acompañe a la gente que enfrenta la embestida violenta de los negocios clandestinos destructivos que prosperan en la actualidad (por ejemplo, el tráfico de drogas, armas, mujeres y niños/as, y la pornografía por Internet); estos negocios lo invaden todo, están privatizados y son difíciles de contener. Más escurridizos aún son la explotación en los deportes profesionales, el espiritismo y las

Existen oportunidades para que la iglesia acompañe a la gente que enfrenta la embestida violenta de los negocios clandestinos destructivos que prosperan en la actualidad [...]; estos negocios lo invaden todo, están privatizados y son difíciles de contener.

sociedades sectarias secretas (que ejercen una influencia significativa en las políticas internacionales). La iglesia en cada localidad/nación está en la mejor posición para identificar esas áreas de “los confines de la tierra” y diseñar formas apropiadas de acompañamiento misionero.

3.3.2. La misión y la tecnología de la información

El rápido desarrollo de las comunicaciones y de las tecnologías de la información también influye en los contextos de la misión. Es necesario que la iglesia reflexione sobre las oportunidades desafiantes que dichos cambios ocasionan en la vida de la gente y, en particular, en su misión. La tecnología de la información (TI), por ejemplo, ha revolucionado la forma en que la gente se comunica entre sí, como también su manera de pensar y de vivir, y con el tiempo, incluso su forma de ser. La iglesia en misión necesita hallar nuevas maneras de ser iglesia.

Muchas iglesias alrededor del mundo ya están usando creativamente el Internet para la misión (por ejemplo, la iglesia “virtual” o del ciberespacio como una manera de alcanzar a gente que no asiste a ninguna iglesia; los cultos “en línea” para las personas que navegan por Internet). Sin embargo, el reto al que se enfrenta la iglesia es monumental. El Internet y toda la panoplia de artilugios (los videojuegos, los DVD, los CD, etc.) son frecuentemente

objeto de un mal uso para promover una cultura de la violencia. Afectan profundamente la manera en que viven y piensan los/as usuarios/as debido a la dependencia que generan, particularmente entre los/as jóvenes. Además, la iglesia debe considerar seriamente el reto que la cultura del Internet le impone en cuanto a la manera en que se hace la teología, la educación teológica y la formación de las personas bautizadas para el discipulado y la misión. Esto constituye una situación caracterizada como de “los confines de la tierra”. Así como en un tiempo la teología en el Norte tuvo el reto de satisfacer criterios basados en teorías

y normas filosóficas, ahora tiene el reto de evolucionar al ritmo de la ciencia y la tecnología.

El desafío no consiste solamente en lograr que la teología sobreviva al filtro constante de datos de la cultura del Internet en la búsqueda de información nueva, actualizada y vendible, sino también que la TI sea una herramienta útil para compartir la “antigua” pero empoderante historia de Jesucristo. El rápido desarrollo de la TI ha incrementado la brecha entre quienes la tienen y quienes no; muchas personas en el Sur todavía esperan su primera llamada telefónica o su primer acceso a una computadora. La iglesia necesita atender esta situación urgentemente como parte de sus estrategias de misión.

3.3.3. Los recursos para la misión

El llamado a dedicarse a la misión significa buenas nuevas para la iglesia, por lo tanto la iglesia debe planificar la misión cuidadosamente. La mayordomía de los recursos para la misión de la iglesia es un elemento importante en la planificación de la misión. En todos los niveles de la iglesia, comenzando por la congregación, la asignación de recursos humanos, materiales y financieros para la misión debe ser de gran prioridad. Puesto que la misión es contextual, y cada iglesia en cada lugar la lleva a cabo, las congregaciones locales juegan un papel crucial, particularmente en el desarrollo de recursos para la misión. Un intenso programa de mayordomía a nivel congregacional, cuya meta sea el de-

Puesto que la misión es contextual, y cada iglesia en cada lugar la lleva a cabo, las congregaciones locales juegan un papel crucial, particularmente en el desarrollo de recursos para la misión.



© FLM

sarrollo de recursos para la misión, es la base para invertir el síndrome de dependencia que ha paralizado a muchas iglesias en países fuertemente endeudados. La naturaleza contextual de la misión requiere que cada congregación e iglesia nacional diseñe actividades de misión resueltamente basadas en los recursos disponibles (por ejemplo, humanos, materiales), trabajando a la vez en la consecución del acceso a otros recursos (por ejemplo, tecnológicos, financieros). Un esfuerzo misionero contextualizado, con una alta conciencia de mayordomía, evita el uso de técnicas importadas que requieren grandes inversiones.

Adicionalmente, en el proceso de desarrollar su programa de mayordomía de recursos misioneros, la iglesia debe examinar cuidadosamente las estructuras eclesiales para determinar si facilitan o no su misión. Las estructuras eclesiales deben ser flexibles y apropiadas para los contextos y la cantidad real de recursos de cada iglesia, en lugar de reproducir estructuras extranjeras. Unas estructuras eclesiales rígidas y pesadas en la cúpula sofocan la vida y la misión de la iglesia hasta el punto de reducir la misión al simple sostenimiento de estas estructuras. Muchas iglesias en el Sur todavía dependen de los subsidios del extranjero, sobre todo para sostener estructuras.

La práctica de la misión como comunión de iglesias llama a las iglesias a ser dependientes unas de otras en cuanto a recursos para la misión: espirituales, humanos, materiales y económicos. Los recursos para la misión

son principalmente dones de Dios y, por ello, todas las iglesias son receptoras y mayordomos de estos dones. Por una parte, la interdependencia en la misión es, por lo tanto, para el empoderamiento y la transformación mutuos basados en la confianza y responsabilidad mutuas. El objetivo de esta interdependencia no es asegurar el bienestar de las iglesias, sino fortalecer su capacidad y su competencia para llevar a cabo su misión. Por otra parte, muchas iglesias en el Sur se enfrentan a desafíos abrumadores para la misión (desastres económicos, guerras, poblaciones desplazadas, hambrunas, etc.), para los que no son suficientes los medios locales y nacionales. En calidad de mayordomos de los recursos misioneros recibidos como dones de Dios, las iglesias en países con mayores recursos económicos, así como sus agencias relacionadas y departamentos de misión, deben reflexionar seriamente y en oración sobre la cuestión del “bilateralismo” y el “multilateralismo”, confirmando la interdependencia multilateral como un reto urgente para la misión. Involucradas en una misión de transformación, reconciliación y empoderamiento, estas iglesias y sus agencias relacionadas deben cuestionar y desenmascarar la mentalidad explotadora, el lenguaje consumista y las prácticas deshumanizantes de la economía de mercado a la hora de trabajar con proyectos provenientes de países e iglesias pobres. Deben ayudar a construir una comunión en misión que sea una comunidad alternativa, un refugio de esperanza, que empo-

dere y apoye a las víctimas de los efectos adversos de la globalización en todas sus manifestaciones.

3.3.4. Las peregrinaciones misionales

Recientemente, la práctica de hacer peregrinaciones y retiros ha sido objeto de mucho interés entre las iglesias de Europa. Miles de personas, jóvenes y ancianos/ as, mujeres y hombres, han reservado tiempo dentro de sus horarios ocupados para comprometerse a dedicar un fin de semana o una semana entera a la experiencia espiritual de orar, leer las Escrituras, cantar y permanecer en silencio, o en silenciosa escucha. En el pasado, individuos o pequeños grupos hacían peregrinaciones para satisfacer sus necesidades espirituales, y la misión no constituía el objetivo principal. Sin embargo, las iglesias y las personas con las que tuvieron contacto en su caminar también fueron edificadas espiritualmente.

El renacer de las peregrinaciones como una práctica de misión podría ser de gran beneficio para las iglesias de hoy. Podría servir como una manera práctica para que los/as peregrinos/as aprendan, experimenten y realicen la solidaridad. Así, podría llegar a ser un medio efectivo para nutrir y promover una “espiritualidad de la resistencia” al sufrir la iglesia la embestida del materialismo, el secularismo y el consumismo. También podría ofrecer una gran oportunidad para el mutuo fortalecimiento espiritual y el testimonio conjunto en palabras y hechos. Las peregrinaciones de misión pueden organizarse a nivel local, nacional, regional y global, y también entre personas de diferentes generaciones y denominaciones.

El concepto y la práctica de las peregrinaciones misionales destacan un aspecto fundamental de la iglesia como una iglesia en proceso de transformación, una iglesia nómada y que transita por el camino de Emaús. La iglesia en misión es una iglesia en peregrinación. La iglesia no sólo se desplaza de un lugar a otro, sino también del presente al futuro y de esta “era” al nuevo siglo de Dios. Como nómada y peregrina, la iglesia está dotada por el Espíritu Santo para poder discernir los signos del tiempo y para profetizar (apuntar hacia) la irrupción del reinado de Dios.

CONCLUSIÓN



CONCLUSIÓN

La comprensión de la misión de la iglesia ha sufrido cambios de paradigma significativos en la experiencia y las praxis de las iglesias miembro de la Federación Luterana Mundial. En la Cuarta Asamblea (Helsinki, 1963), la misión todavía se definía en un sentido restringido como algo que tiene por objetivo la conversión de la incredulidad a la fe. Sin embargo, a partir de la Sexta Asamblea (Dar es Salaam, 1977), la misión ha sido comprendida y practicada de una manera integral, abarcando la proclamación, la defensa de causas

y el servicio a la persona entera y a todos los pueblos. El trabajo por la justicia, la paz y la integridad de la creación recibió un énfasis cada vez mayor. En la Consulta Mundial sobre la Misión de la FLM (Nairobi, 1998), se habló de la transformación como una dimensión importante de la misión, mientras se consideraron los esfuerzos misioneros ecuménicos en conjunto como un aspecto importante de la práctica misionera en el siglo XXI. Continuando en la misma dirección, este documento resalta la visión de la *iglesia misional*,



© Foto Hitbold-Croiset

para la cual la misión pertenece a su misma esencia como Cuerpo de Cristo. También resalta el entendimiento de la misión como la participación en la irrupción del reinado de Dios en el mundo, compartiendo un mismo camino con el pueblo en sus contextos, y enfocándose en la transformación, la reconciliación y el empoderamiento.

Estos temas centrales de la misión –la transformación, la reconciliación y el empoderamiento– describen de manera apta la misión como la participación de la iglesia en la misión del Dios Triuno, Creador, Redentor y Santificador. También caracterizan a la misión como integral y contextual, esto es, una misión dirigida por el Espíritu Santo para seguir el “camino del Hijo”, el camino de la encarnación, la cruz y la resurrección. La misión es la razón de ser de la iglesia. Brota de la naturaleza de la iglesia como una comunidad que da testimonio, como un don de la justificación gratuita de Dios para la misión y como una invitación a la misión.

Uno de los propósitos de este documento es servir de herramienta a las iglesias luteranas acompañándolas en su autoanálisis y en la reafirmación de su misión en sus respectivos contextos. Para que este documento se convierta efectivamente en esa herramienta, las iglesias están llamadas a dar vida a la espiral hermenéutica a través de una praxis de misión real. Para reafirmar su misión de una manera significativa, las iglesias necesitan llevar a cabo un análisis serio de sus contextos, su práctica y su teología de la misión.

El contexto requiere constante análisis e identificación. La iglesia en todos sus niveles está llamada a discernir las necesidades de transformación, reconciliación y empoderamiento. Al realizar dicho análisis, la iglesia estará llamada a colocarse junto a las víctimas de la injusticia y la violencia y, así, exponer y denunciar los poderes del mal y las situaciones que distorsionan y trastornan la creación y deshumanizan la vida en sociedad.

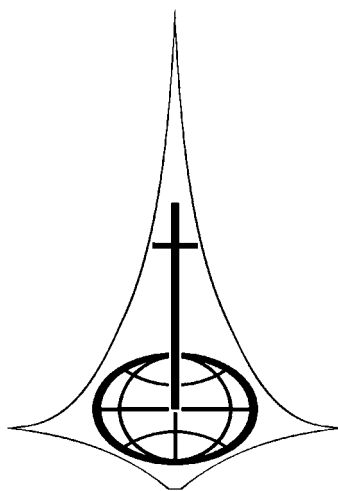
La iglesia necesita examinar críticamente la manera en que se practica la misión. ¿Es la misión una verdadera praxis de fe, orientada intencionalmente a efectuar la

transformación, la reconciliación y el empoderamiento en la sociedad, o es simplemente una práctica? A la luz de este documento, la iglesia puede examinar hasta qué punto son integrales y contextuales sus prácticas misionales. De hecho, la iglesia puede hacer una evaluación de las prácticas de misión para determinar, por ejemplo, si la iglesia entera está involucrada en la misión entera, o si los distintos elementos de la misión (por ejemplo, proclamación, servicio, defensa de causas, cuidado de la creación) traen como consecuencia la transformación, la reconciliación y el empoderamiento. También puede evaluar si los recursos para la misión son provistos localmente. La iglesia puede así identificar nuevas oportunidades para la misión, y los recursos y relaciones de compañerismo necesarios para aprovechar esas oportunidades de manera efectiva.

Finalmente, este documento llama a la iglesia a reafirmar su misión volviendo a reflexionar sobre su teología de la misión. La teología debe empoderar a la iglesia para la misión, una misión que apunta hacia el reinado de Dios que irrumpe en el mundo, y participa en él. Empleando el modelo de misión del camino a Emaús que entiende la misión como caminar juntos en el camino, como acompañamiento, este documento invita a las iglesias luteranas y a otras iglesias a comprometerse en una teología que reflexione sobre su experiencia misionera contextual y se sirva de ella. Solamente una teología de esta naturaleza puede empoderar a las iglesias a desarrollar su misión integral como acompañamiento para la gente en cada lugar, en sus contextos siempre cambiantes: una misión que transforma, reconcilia y empodera.

“Ustedes recibirán poder cuando haya venido sobre ustedes el Espíritu Santo, y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta los confines de la tierra”. Hechos 1:8

Empleando el modelo de misión del camino a Emaús que entiende la misión como caminar juntos en el camino, como acompañamiento, este documento invita a las iglesias luteranas y a otras iglesias a comprometerse en una teología que reflexione sobre su experiencia misionera contextual y se sirva de ella.



FEDERACIÓN LUTERANA MUNDIAL
– UNA COMUNIÓN DE IGLESIAS